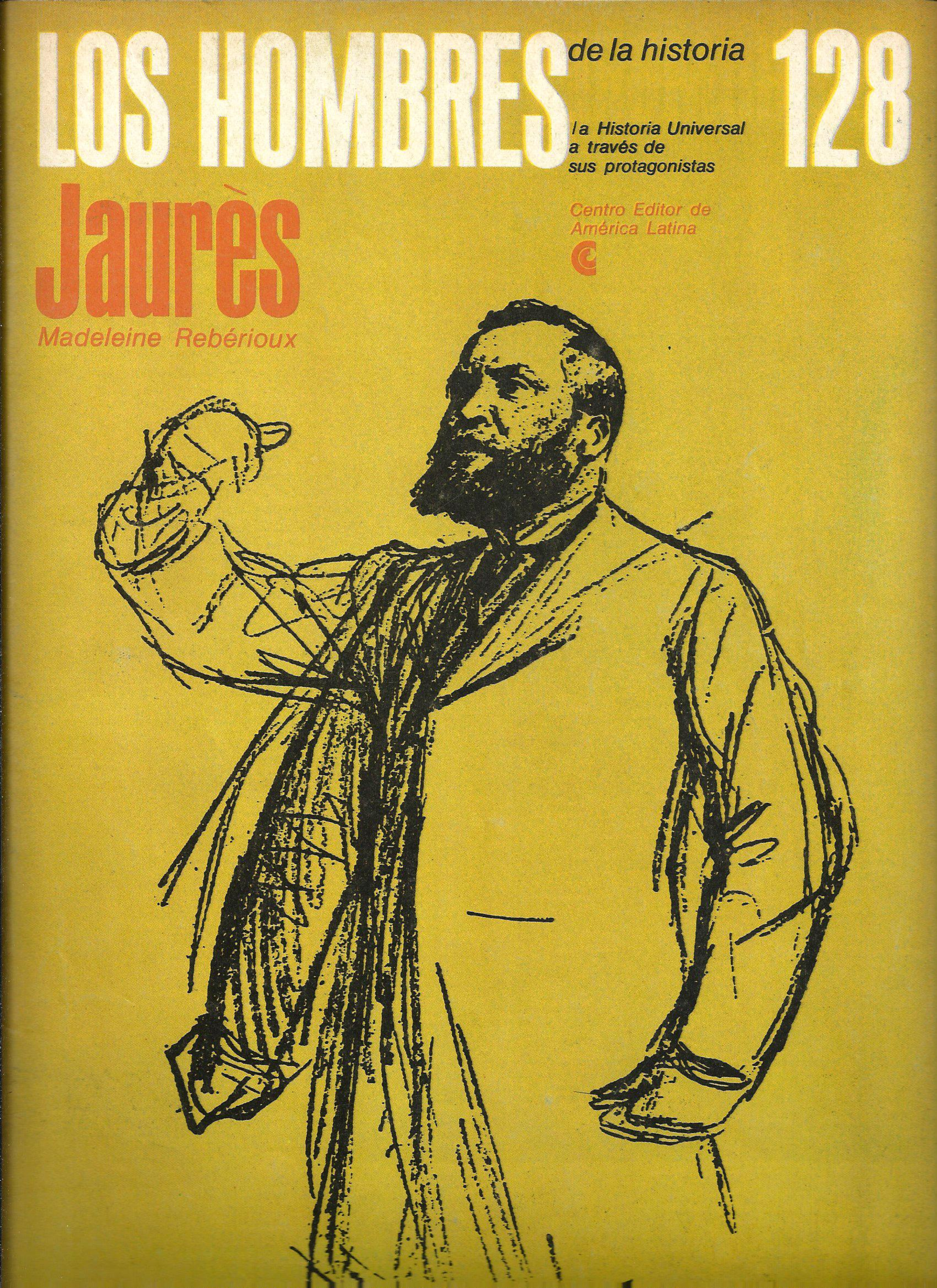

LOS HOMBRES de la historia
128
la Historia Universal
a través de
sus protagonistas
Jaurès
Madeleine Rebérioux
Centro Editor de
América Latina

LOS HOMBRES *de la historia* 128

En 1893, el siglo llegaba a su fin. Constituidas las grandes corrientes del movimiento obrero francés, la II Internacional estaba por realizar su tercer congreso; un nuevo período se abría no sólo en Francia sino en el mundo entero. Hoy Jaurès nos parece un típico representante de aquella época y de los complejos problemas que se planteaban.

Su "ingreso al socialismo" coincide, casi como su muerte, con un cambio, cuyos aspectos más famosos, en especial la "crisis revisionista", no son los más profundos aún cuando fueran los más aparentes. El aporte de Jaurès al socialismo no puede ser comprendido si no se reflexiona históricamente sobre este período.

Si deseamos representarnos al hombre en su dimensión real, trascendiendo las formas estereotipadas que lo muestran como el antepasado bien hablado y barbado del "socialismo democrático" o bien como el padre de todas las traiciones, debemos situarlo en su tiempo, relacionado con los problemas que el socialismo de su época debió resolver.

Jaurès no se asemeja en nada a un soñador o a un estéril ideólogo.

La unidad socialista y la unidad obrera fueron sus ocupaciones principales. Y justamente, como el hombre de la unidad ha entrado de hecho en la leyenda del socialismo francés e internacional. Pero al fin de la historia ha puesto en luz el fracaso, por lo menos en el inmediato presente, de Jaurès.

A pesar de la unidad socialista, del progreso electoral del partido, la democracia política no se ha reforzado y no se ha desarrollado en democracia social. Para tratar de comprender las causas de tal fracaso el historiador no debe olvidar que su intento de definir una vía gradual al socialismo tenía sus bases en la rica herencia del movimiento obrero francés, en los diversos aspectos de una sociedad en curso de industrialización, en una total confianza en la solución de los conflictos que dividían a la humanidad pero que le faltó el sentido trágico que el siglo XX le ha dado a nuestra generación y que subestimó la amplitud de las contradicciones que hay aquejan a la sociedad. Se explica así el fracaso de su tentativa, la más alta y la más amplia, realizada por un hombre de su formación en Europa occidental. Jaurès es el último de los grandes socialistas del siglo XIX, no el primero del siglo XX, aunque tal vez ocupe este puesto en el siglo venidero. Nació el 3 de setiembre de 1859; cayó asesinado el 31 de julio de 1914.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico

128 - Jaurès - El siglo XIX: La revolución industrial

Este es el tercer fascículo del tomo El siglo XIX: La revolución industrial (Vol. 2)
La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: La revolución industrial (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 128: Han sido proporcionadas por Snark, International, Paris.

Traducción de Antonio Bonanno

Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en noviembre de 1970.

Jaurès

Madeleine Rebérioux

1859
3 de setiembre. Nace en Castres.

1878
Obtiene el primer puesto en el concurso para el ingreso en la Escuela Normal Superior.

1881
Es tercero en el concurso para la agregación de filosofía. Profesor en Albi.

1883
Enseña en la facultad de letras de Tolosa.

1885
4 de octubre. Es elegido diputado del Tarn en la lista de la *Union Républicaine* [Unión republicana].

1886
El 29 de junio Jaurès se casa con Louise Bois.
El 21 de octubre hace su primera intervención en la Cámara.

1887
21 de enero. Aparece el primer artículo de Jaurès en la *Dépèche de Toulouse,* en la que colaborará en forma ininterrumpida hasta su muerte. También escribe, hasta 1893, una sección de crítica literaria que firma *Le Liseur* [El lector].

1889
19 de setiembre. Nace su hija Madeleine.
22 de setiembre. Es derrotado en las elecciones legislativas en la primera circunscripción de Castres. En octubre retoma la enseñanza en Tolosa.

1890
27 de julio. Es elegido consejero municipal de Tolosa, y luego vice-síndico.

1891
En agosto redacta un largo manuscrito sobre *La question religieuse et le socialisme* [La cuestión religiosa y el socialismo], que permanecerá inédito hasta 1959.

1892
5 de febrero. En la Sorbona, sostiene su tesis secundaria de doctorado sobre *Les origines du socialisme allemand* [Los orígenes del socialismo alemán] y el 12 de marzo su tesis principal: *De la réalité du monde sensible* [Sobre la realidad del mundo sensible].
15 de agosto. Comienza la gran huelga de los mineros de Carmaux.

1893
22 de enero. Es elegido diputado de Carmaux (segunda circunscripción de Albi).
8 de febrero. Ingresa en la redacción de *La Petite République*, en la que colaborará hasta fines de 1903, con excepción del período entre febrero y marzo de 1897.
20 de agosto. En las elecciones generales, es reelegido en Carmaux.

1895
Abril-mayo. Viaje a Argelia.
Agosto-octubre. Cierre de las cristalerías de Carmaux.

1896
26 de julio-1º de agosto. Jaurès asiste como delegado al congreso de la Internacional de Londres y toma posición por el rechazo a la admisión de los anarquistas.
25 de octubre. Inauguración de las cristalerías de Albi.

1897
Colabora frecuentemente en *La Linterna.*

1898
22 de enero. Hace una apelación a la Cámara por el asunto Dreyfus.
12 de febrero. Declara en el proceso de Emilio Zola.
8 de mayo. Es derrotado en las elecciones legislativas por el marqués de Solages.
Junio. Es codirector de *La Petite République*.
18 de julio. La Sorbona le niega la autorización para dar un curso libre sobre *Los principios del socialismo.*
27 de agosto. Nace su hijo Luis.
Octubre. Publica *Les Preuves* [Las pruebas], colección de artículos sobre el asunto Dreyfus aparecidos en *La Petite République*.

1899
24 de junio. Aprueba, bajo su responsabilidad personal, el ingreso de Millerand en el gabinete Waldeck-Rousseau de "defensa republicana".
Se publica *L'Action socialiste,* una selección de artículos de Jaurès a cargo de Péguy.
Diciembre. Congreso socialista de Japy, creación de un comité general socialista.

1900
10 de febrero. Critica el revisionismo de Bernstein.
12 de febrero. Comienza la publicación de la *Histoire socialiste de la Révolution française* [Historia socialista de la Revolución francesa].
Setiembre. Congreso de la Internacional en París, luego congreso socialista francés: ruptura de Jaurès con el Partido Obrero Francés.

1901
Publicación de *Études socialistes* [Estudios socialistas], selección de artículos de Jaurès a cargo de Péguy.
Carta a Andrea Costa sobre el equilibrio de los bloques, publicada por *¡Avanti!*

1902
Marzo. Constitución del Partido Socialista Francés, del que asume la dirección.
29 de abril. Jaurès es elegido diputado de Carmaux contra el marqués de Solages.

1903
Enero. Jaurès es elegido vicepresidente de la Cámara por la mayoría del bloque de las izquierdas.

1904
Enero. Es batido en la vicepresidencia de la Cámara.
18 de abril. Aparece el primer número de *L'Humanité.*
14-20 de agosto. Congreso de la Internacional en Amsterdam: el congreso dirige un llamado a los socialistas franceses por la unidad.
Publicación de los discursos parlamentarios de Jaurès (1887-1894), a los que agrega un largo prefacio.

1905
23-26 de abril. Fundación de la *SFIO* en el congreso socialista del Globe en París.
1º de octubre. Comienzo de la colaboración de Jaurès en la *Revue de l'Enseignement primaire et primaire supérieur.*

Diciembre. Defiende en la Cámara las posiciones de la *CGT* (Confederación General del Trabajo), vivamente atacada.

1906
6 de mayo. Es reelegido diputado de Carmaux.
12 de junio. Debate en la Cámara con Clemenceau: se encuentran radicalismo y socialismo.
11 de agosto. Abre en *L'Humanité* una tribuna libre para los sindicatos.
1º-4 de noviembre. Hace aceptar la Carta de Amiens al congreso socialista de Limoges.

1907
Junio-julio. Toma posición en favor de la organización nacional de la producción y del comercio del vino.
16-24 de agosto. Congreso de la Internacional en Stuttgart. Jaurès vota la moción Ledebour (aprobada por Lenin), pero no logra hacer aprobar la moción de acción contra la guerra adoptada gracias a él en el congreso socialista francés de Nancy.

1908
Marzo-abril. Jaurès es acusado de antipatriotismo a causa de su denuncia de las conquistas coloniales y de su posición en Stuttgart.
15-18 de octubre. En el congreso socialista de Tolosa sostiene la unidad del partido.

1909
22 de junio. Se casa su hija Madeleine.
29 de noviembre. Inaugura la Escuela socialista en París.

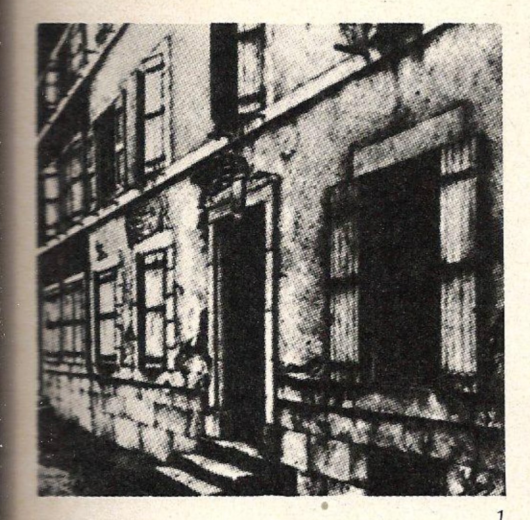
1910
6-9 de febrero. En el congreso socialista de Nîmes defiende el proyecto de pensiones para los obreros, criticado por la *CGT*, los guesdistas y los amigos de Hervé.
24 de abril. Es reelegido en Carmaux.
28 de agosto-3 de setiembre. En el congreso internacional de Copenhague defiende la moción Keir Hardie-Vaillant.
Octubre. Huelga general de los ferroviarios.
14 de noviembre. Deposita en la Cámara el texto de la *Armée nouvelle* [Nuevo ejército], comentario a un proyecto de ley.

1911
Abril. Se publica *Nuevo Ejército*.
Agosto-setiembre. Gira de conferencias en Brasil, Uruguay, Argentina.
Las seis conferencias pronunciadas por Jaurès en Buenos Aires son publicadas en español.

1912
18-21 de febrero. En el congreso socialista de Lyon se opone a los guesdistas que deseaban condenar los métodos de lucha de la *CGT*.
20 de agosto. Cinco dirigentes de la *CGT* atacan la *SFIO* en una *Encíclica sindicalista*.
1º de noviembre. En el congreso de las cooperativas socialistas toma posición por la fusión de los dos movimientos cooperativistas franceses.
17 de noviembre. Encuentro en Berlín por la paz.
24-25 de noviembre. Congreso de la Internacional en Basilea: "guerra a la guerra".

1914
Marzo-junio. Dirige la campaña popular contra la ley que lleva a tres años la duración del servicio militar.
26 de abril. Es reelegido en Carmaux. La *SFIO* conquista treinta y cinco bancas en la Cámara.
14-16 de junio. Congreso socialista en París. Jaurès hace aprobar la huelga obrera general organizada en escala internacional como medio para prevenir la guerra.
29 de julio. Última reunión de la Oficina socialista internacional en Bruselas.
31 de julio. Jaurès es asesinado.

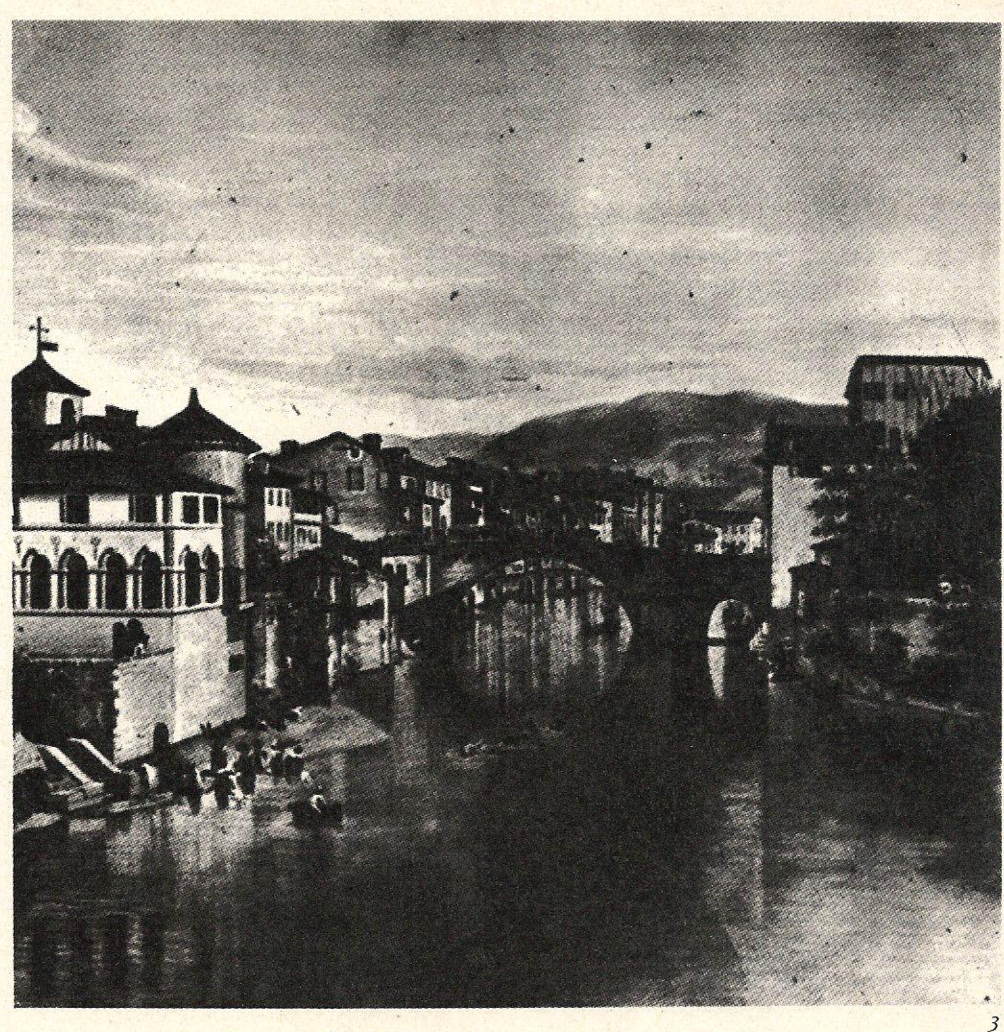
En pleno centro de París, en el barrio de las tipografías y de las redacciones de los periódicos, el *Café de Croissant* es uno de los cafés donde se reúnen los periodistas de todos los partidos; en la sala cercana a la calle, en la noche del 31 de julio de 1914, algunos hombres están comiendo: son colaboradores de *L'Humanité* y del *Bonnet Rouge*, este último fundado pocos meses antes por Almereyda, el ex jefe de redacción de la *Guerre Sociale*. Entre ellos un hombre bajo, grueso, de gran barba gris y cuyos ojos, de mirar profundo, resplandecen de bondad en un rostro no bello: es Jean Jaurès, antiguo estudiante de la *École Normale Supérieure*, doctor en filosofía, diputado socialista de Carmaux desde 1893, director político de *L'Humanité* desde 1904, líder desde hace tiempo discutido pero aún incontestable de la *SFIO*, miembro de la Oficina de la Internacional socialista. Algunos amigos lo rodean: Pierre Renaudel, que pertenecerá, después de la guerra, a la extrema derecha de la *SFIO* y terminará como "neosocialista"; Daniel Renoult, que adherirá al Partido Comunista Francés en el Congreso de Tours y que permanecerá fiel a este partido hasta su muerte; Georges Weill, diputado socialdemócrata de Alsacia en el Reichstag, que en 1920 optará por la *SFIO*, de la que aún es miembro. Cada uno con su propio destino, pero sin conocerlo; ¿quién de ellos tiene verdadera conciencia de que el futuro del mundo y el de los individuos está a punto de ser trastornado?
Un relámpago y Jaurès cae, ya muerto. El asesino, Raoul Villain, de inteligencia mediocre, influido por la propaganda nacionalista, la que de Péguy a Maurras indica a Jaurès como agente de Alemania, será inmediatamente arrestado, procesado en 1919 . . . y absuelto.
La familia Jaurès, por resolución judicial, pagará los gastos procesales. "Hombres libres, vigilad", escribirá entonces, un poco más tarde, Anatole France. Retrospectivamente, la ausencia de vigilancia que hizo posible el atentado, asombra; pero en efecto refleja la imagen que el partido socialista francés tiene de sí mismo: tan profundamente ligado a la vida del país, tan integrado a las instituciones políticas de la III República, que nada verdaderamente grave puede sucederle a sus líderes. El mismo es un partido "como los otros", pero más y menos, al mismo tiempo, de lo que éstos se consideran. Como quiere que sea, la muerte de Jaurès significa la guerra. Se concluye una época, *la belle époque* como será llamada, aquella de la incontestada preponderancia de Europa en el mundo y del capitalismo en Europa, aquella de la esperanza, entre muchos socialistas, de un lento ascenso y de una victoria fácil. Para los observadores más atentos, tal esperanza se venía debilitando desde hacía tiempo. No era solamente en Rusia, después de 1905, que se anunciaban tiempos nuevos. En China, en Indonesia, en Irán, en



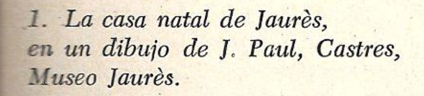
1



2



3



1. La casa natal de Jaurès, en un dibujo de J. Paul, Castres, Museo Jaurès.

2. La madre de Jean Jaurès, foto Provost. Colec. Mme. Garras.

3. Castres en la época de Jaurès, témpera de Ch. Valette. Castres, Museo Jaurès.

África del Norte, se hacía oposición al dominio de las potencias coloniales. En la misma Francia, en una sociedad extraordinariamente estable, una vitalidad poco común se manifestaba en ciertos sectores de la vida nacional: comenzaba verdaderamente el siglo XX, pero pocos tomaban conciencia de ello. Para la masa de los franceses y para todos aquellos que sufrirían, la fecha decisiva es aquella de la muerte de Jaurès y del ingreso de Europa en la guerra. En la historia no existen ejemplos más perfectos de coincidencia entre el fin de un hombre y el de una entera época .

¿De dónde venía este hombre y qué representaba para que su trágico destino se nos aparezca como el símbolo de aquello que golpearía al mundo? Este hombre se había acercado tarde al socialismo. Algunos "nacen" socialistas, o por lo menos con la vocación por la revolución social (como un Bebel, obrero tornero, un Benoit Malon, asalariado agrícola) o se convierten en tales por la influencia del ambiente familiar (como un Lenin, sobre el que actuó con fuerza la imagen de la muerte del hermano, socialista-revolucionario) o por las circunstancias juveniles (para un Jules Guesde, la Comuna). Nada de esto sirve para Jaurès. Nacido en 1859, a los veinte años es de "centro izquierda", acalorado partidario de la política colonial y educacional de Jules Ferry. En 1885 aún ignora todo lo relativo al movimiento obrero y socialista y cree posible la formación de un solo "gran partido republicano". Recién en 1889 reconoce la existencia de un movimiento democrático específicamente obrero, para convertirse en verdadero socialista en 1893, cuando fue elegido diputado de Carmaux.

El múltiple socialismo francés de 1893

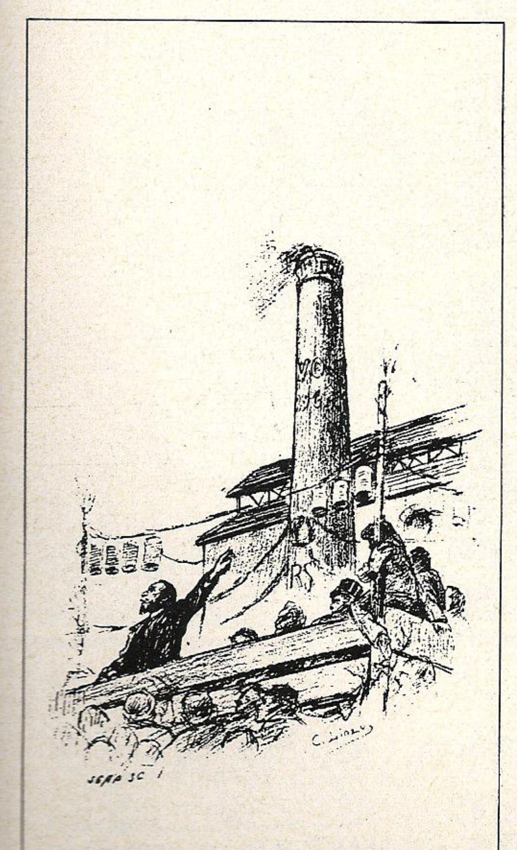
En 1893, el siglo llegaba a su fin. Las grandes corrientes del movimiento obrero francés estaban constituidas. La II Internacional estaba por realizar su tercer congreso; un nuevo período se abría no sólo en Francia sino en el mundo entero. Hoy Jaurès nos parece un típico representante de aquella época y de los complejos problemas que se planteaban. Su "ingreso en el socialismo" coincide, casi como su muerte, con un cambio, si bien no tan evidente, cuyos aspectos más famosos, en especial la "crisis revisionistas", no son los más profundos aun cuando fueran los más aparentes. El aporte de Jaurès al socialismo no puede ser comprendido si no se reflexiona históricamente sobre este período. Si deseamos representarnos al hombre en su dimensión real, trascendiendo las formas estereotipadas que lo muestran como el antepasado bien hablado y barbado del "socialismo democrático", o bien como el padre de todas las traiciones, debemos situarlo en su tiempo, relacionado con los problemas

que el socialismo de su época debió resolver.
En 1893, la suerte del socialismo francés parece ser el divisionismo. La experiencia del Congreso de Marsella de octubre de 1879, "el congreso inmortal" del que había salido un único pero efímero Partido Obrero, fue breve: bajo la común designación de "colectivistas" se reunieron inmediatamente cooperativistas, marxistas, anarquistas. En noviembre de 1880 era ya cosa hecha la escisión con los cooperativistas; en mayo de 1881 se retiran los anarquistas, en junio los discípulos de Blanqui; en setiembre de 1882 los "posibilistas" se separan por largos años de los "guesdistas", que conservan para su organización la sigla de "Partido Obrero Francés". "Ha ocurrido lo inevitable —comentaba Engels a Bernstein en una carta del 20 de octubre de 1882—, los elementos incompatibles se han separado. Y eso está bien . . . parece ser que todo partido obrero de un gran país sólo puede desarrollarse mediante una lucha interna, como es generalmente la regla de las leyes dialécticas de la evolución".
Diez años después, cuando Jaurès se convierte en socialista, existen por lo menos cuatro grandes tendencias organizadas del socialismo francés.
Si en tal año se compara la situación francesa con la de los otros países de Europa occidental y central, el caso de Francia parece más excepcional de cuanto Engels manifiesta en su carta. La unidad ideológica de los partidos socialistas de los grandes países europeos es a menudo muy precaria, pero en ninguna parte como en Francia el divisionismo ideológico y político es tan agudo y está tan arraigado. No sólo las diversas tendencias no están agrupadas en el seno de un único partido, sino que su eventual reacercamiento se torna tanto más difícil porque su constitución en organizaciones rivales es el resultado de una violenta fractura. Numerosas corrientes socialistas francesas no hallan equivalente en otros países. Para terminar, en ningún país el divisionismo del socialismo se basa sobre estratificaciones de tan antigua data. En la II Internacional se halla un específico socialismo francés, y no acentuar esta especificidad significaría no comprender las razones del "fenómeno Jaurès". La misma tiene sus orígenes en las características propias de la clase obrera francesa a fines del siglo XIX, pero también en las tradiciones históricas de Francia y en el régimen político que gobierna a este país desde 1871.
Los estudios recientes han arrojado luz sobre la heterogeneidad del proletariado francés a fines del siglo XIX. La industria está presente casi en todas las regiones: veintiséis departamentos producen hierro y acero en 1893. La concentración es débil: el 36 % de los obreros asalariados trabajan en fábricas con menos de diez obreros cada una. Los viejos oficios no han desaparecido y las industrias que corresponden al nacimiento del capitalismo conservan un lugar preponderante: la industria textil ocupa 14 veces más trabajadores que la extractiva, y 39 veces más que la industria metalúrgica de base. El retardo del desarrollo industrial facilita la permeabilidad de la clase obrera francesa a las influencias del pasado, que tienen un peso tanto mayor, dentro de una atracción genérica hacia el socialismo, cuanto menor es la conciencia que el proletariado tiene de ello. ¿Una conciencia débil? Entre el "Norte" y el "Mediodía" la República y el Imperio han hecho pasar en vano el rodillo unificador de la centralización. Aquitania es, por ejemplo, a medias un "Mediodía" francés. Hacia fines del siglo XIX se puede hablar de un socialismo meridional en buena parte heredero del jacobinismo, de un socialismo de la viña y de gente poco ilustrada, tan diferente del socialismo del proletariado de los grandes talleres que están entre las nieblas del Norte. Por otra parte, también las tradiciones de las que el pueblo se siente orgulloso son sumamente complejas.
Para nosotros, Francia es la patria de la gran Revolución, el país donde se desarrolló en su mayor grado el socialismo premarxista, la tierra elegida, entre 1830 y 1848, para las primeras luchas que culminarán en la Comuna de París de 1871. Las tradiciones jacobinas alimentan tanto a los radicales como a los socialistas, tornando muy difícil la ruptura del cordón umbilical que los une. La escuela elemental laica y obligatoria desde 1881 difunde en las masas del proletariado las glorias plenas de pompa pero familiares de la Revolución y el relato de las luchas heroicas realizadas para abatir al enemigo común. En tanto la tradición oral, los opúsculos, la prensa, recuerdan las batallas obreras del siglo XIX a los militantes, que leen ávidamente los textos mediante los cuales se transmite la enseñanza original y heteróclita de Proudhon, de Blanqui, de Louis Blanc y de Elisé Reclus.
Lo que ha faltado por mucho tiempo, en el ambiente cultural en que ha nacido y se ha organizado el socialismo francés, es la presencia del marxismo, que aún en 1893 no se puede considerar plenamente asegurada. El primer libro de *El capital* ha sido publicado en fascículos y Gabriel Deville, autorizado por Marx en 1876, ha publicado un resumen en 1883, editado nuevamente en 1887; el semanario del Partido Obrero Francés, *Le Socialiste*, publica en apéndices, desde agosto a noviembre de 1885, el *Manifiesto del partido comunista*; pero aún por mucho tiempo el único texto accesible entre los fundamentales sigue siendo un extracto del *Anti Dühring* de Engels, traducido por Lafargue en 1880 con el título *Socialismo utópico y socialismo científico*. Aun aquellos que se declaran enérgicamente partidarios de Marx y del marxismo, tienen de este último sólo un conocimiento parcial y esquemático y terminan por confundir la divulgación de un programa inmediato de lucha política con la asimilación del difícil pensamiento de Marx, como ocurrió en el caso de Guesde y de los otros dirigentes del *POF*. En tales condiciones no nos sorprenderá que Jaurès, al responder el 1º de agosto de 1892 a la pregunta que le dirigiera un educador, "en cuáles libros claros y decisivos se podría hallar una síntesis de la doctrina socialista", citara desordenadamente toda la tradición socialista francesa, el libro I de *El capital* y "los catecismos socialistas de Jules Guesde, Lafargue o Benoit Malon". Si bien se puede explicar la extraordinaria ignorancia del marxismo en la masa de los socialistas franceses, no deja de asombrar por su extensión y su conciencia perfectamente tranquila.
Para comprender la división de las organizaciones socialistas, es necesario pensar que el liberalismo de la III República no las constreñía a presentarse en un frente común. Entre 1880 y 1895, aquellos que se declaran socialistas no son castigados mediante la represión sistemática, como ocurre en cambio con los "agitadores" de las huelgas obreras en Decazeville en 1886, Fourmies en 1891, Carmaux en 1892. Se plantea en forma cada vez más enérgica el problema de impedir que el socialismo, como fuerza política, se enraíce en el proletariado, pero hasta 1893 la república burguesa se muestra, en este plano, más republicana que burguesa.
No existe parangón posible con la situación, en la misma época, de Bélgica, de Italia y, sobre todo, de Alemania, donde las leyes de represión han llevado a la socialdemocracia a reforzar su propia unidad para no perecer. En suma, el socialismo francés podía permitirse, sin condenarse a desaparecer, el permanecer dividido, mientras no desarrollara una actividad de agitación y de propaganda.

Las organizaciones

El enjambre de las organizaciones socialistas es tan complicado que aun en 1890 Jaurès las confundía entre sí: aprendió a conocerlo en los tres años que siguieron. En 1893, con la fuerza de alrededor de diez mil adherentes, el Partido Obrero Francés es no sólo el primer partido socialista sino también el primer partido político de Francia sólidamente organizado en el plano nacional. Rechazando toda ideología que no fuera el marxismo, proclamándose partido de la clase obrera y distinguiéndose sin ambigüedades de los radicales, gracias a la eficacia de la propia organización y de la dedicación de los propios militantes, ha logrado colocarse a la cabeza del movimiento obrero que renace entre 1889 y 1892. Pero los "guesdistas", como se los denomina, no consiguieron poner bajo su control en forma estable a los sindicatos. Su baluarte es la Francia del Norte, en particular los depar-

1



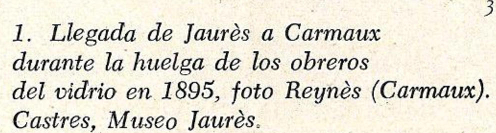
2



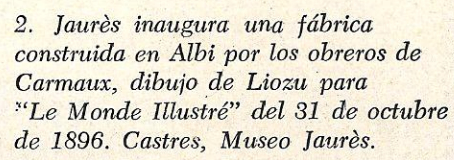
3



4



1. Llegada de Jaurès a Carmaux durante la huelga de los obreros del vidrio en 1895, foto Reynès (Carmaux). Castres, Museo Jaurès.

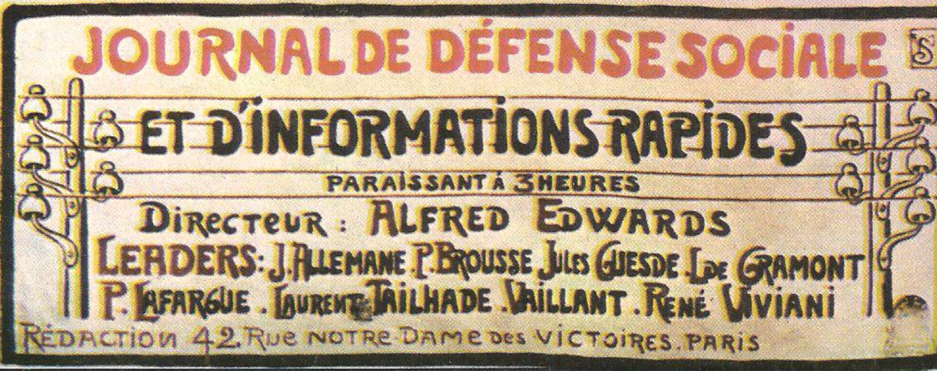


2. Jaurès inaugura una fábrica construida en Albi por los obreros de Carmaux, dibujo de Liozu para "Le Monde Illustré" del 31 de octubre de 1896. Castres, Museo Jaurès.

3, 4. Dibujos de Forain sobre la huelga de Carmaux, en "Le Figaro" (1895), París, B. N.

1. Dibujo de Steinlen para el periódico "Le Petit Sou" (1900), París, exposición Affiches de la Belle Epoque *en el Museo de Arte Decorativo.*





tamentos de Nord, del Pas de Calais, de Aube, donde el reclutamiento se efectúa entre los obreros textiles, metalúrgicos, del vidrio; la misma posición obrera se encuentra en la región de Lyon y en el norte del Macizo Central, pero no en los departamentos del Mediodía. Por otra parte, ciertas regiones industriales, el Noreste, la región parisina, escapan por completo al control del *POF*; su principal rival es el Partido Obrero Socialista Revolucionario, que afirmara su independencia en octubre de 1890.
El *POSR* se distingue profundamente por su obrerismo y por la desconfianza hacia las teorías y en modo particular hacia el marxismo; detesta al Estado y a su aparato de policía, justicia, ejército, parlamento, iglesia. Toda su confianza está puesta en las instituciones obreras autónomas. Es comprensible que los "allemanistas" (que son llamados así por el nombre de su principal dirigente, el obrero tipógrafo Jean Allemande) gocen de cierta influencia en los sindicatos y también entre numerosos pequeños campesinos propietarios de pocas hectáreas, a menudo viticultores, descristianizados y orgullosos de su oficio y de su independencia, amenazada pero aún no destruida por la sociedad moderna.
La escisión operada por los allemanistas había sustraído fuerzas a la Federación de los Trabajadores Socialistas, llamada "broussista" por el nombre de Paul Brousse, su principal exponente, o también "posibilista". Los posibilistas habían sido reclutados especialmente entre los "cuellos blancos", empleados, artesanos, profesionales, que ven en la organización de los servicios públicos una panacea y la ocasión de hacer valer sus talentos de administradores. La lucha revolucionaria no tiene sentido para ellos y el internacionalismo les parece una charla vana. Pero aparte del departamento del Sena y el noroeste del Macizo Central, este movimiento no halla fuerzas nuevas para regenerarse.
La cuarta gran organización socialista francesa, el Partido Socialista Revolucionario, se presenta, en cambio, en modo completamente distinto. Ésta es una verdadera plataforma de cambio del socialismo francés. Sus miembros constituyen apenas un partido y no se reúnen en congreso, pero no existe un sólo gran acto revolucionario, desde los *sans culottes* a la Comuna, del que los discípulos de Blanqui —de ahí su denominación de "blanquistas"— no sean los herederos. Ellos odian el aparato centralizador estatal de la burguesía como los allemanistas, pero creen en la lucha política como los guesdistas y se preocupan de la lucha en el plano municipal como los broussistas. Llenos de pasión por el trabajo sindical, tienen la inteligencia de no querer convertirlo en apéndice de las organizaciones políticas. Su principal exponente es, desde 1889, Edouard Vaillant, viejo comunista, que ha vivido largamente en el exterior y que tiene un conocimiento teórico y práctico del marxismo superior al de Guesde. Pero la escasa importancia que los blanquistas asignan al trabajo, en la base, de organización, torna difícil evaluar con exactitud sus zonas de influencia, que son por lo menos el Sena, el norte del Macizo Central y el Sudoeste.

Los problemas nuevos

En el momento en que Jaurès adhiere definitivamente al socialismo, la herencia del pasado es la que hemos descripto. Pero los años de 1893 a 1899 no sólo aportan la carga del pasado. En Francia, y en los otros países económicamente adelantados en los que el socialismo ya está organizado, son éstos los años en los que las fuerzas ligadas al socialismo se enfrentan con una nueva situación y con nuevos problemas.
Tales problemas se originan en buena medida en el ingreso de los partidos socialistas en la vida oficial de los grandes estados burgueses y en la vida parlamentaria. En Alemania, en las elecciones de 1890, el partido socialdemocrático obtiene 1.420.000 votos, es decir, el 18 % de los sufragios; en dos años su influencia se duplicará. Su progreso continúa: en 1893 obtiene 1.780.000 votos, y el 23 % de los sufragios, en 1898 2.100.000 votos y el 27 % de los sufragios, en 1903 tres millones de votos, un tercio de los sufragios.
A pesar de la mínima representación que el régimen electoral reserva a los partidos democráticos, la socialdemocracia ha adquirido considerable fuerza parlamentaria. Ella no puede asumir el rol de árbitro, pero tampoco puede, al definir la propia estrategia, no tener en cuenta los votos que representa en el Reichstag.
Las victorias electorales son, al mismo tiempo, un elemento de confianza y un elemento moderador. Una situación similar existe en el Partido Obrero belga: las elecciones de octubre de 1894, no obstante el voto pluralista, le confieren el rol de gran partido parlamentario. En Francia, la fecha decisiva es la de las elecciones de agosto de 1893 que llevan a la Cámara a una cincuentena de diputados que se declaran socialistas, mientras los precedentes "grupos obreros" nunca habían logrado tener más de dieciocho representantes. Con sus no muy numerosos sufragios, el socialismo francés, que representa todavía sólo el 5 % del cuerpo electoral, se ha convertido en fuerza parlamentaria.
Las consecuencias son importantes. Existe el riesgo, naturalmente, de que el éxito electoral y la esperanza de incrementarlo conduzcan a alguna edulcoración del programa, pero sería equivocado considerar exclusivamente desde este punto de vista las transformaciones que el parlamentarismo impone a los partidos socialistas. Se trata de otra cosa: un grupo parlamentario socialista no puede permitirse una posición puramente crítica y negativa. Su oposición de principio se mantendrá en forma sistemática, ¿pero se podrá verdaderamente utilizar la tribuna de la Cámara sólo como lugar privilegiado para la agitación y la propaganda? Para dar ejemplos concretos, ¿deberán participar los socialistas en los innumerables compromisos mediante los cuales se elaboran las leyes obreras? ¿Pueden ellos limitarse, en el momento en que se están constituyendo los imperios coloniales, a repetir los *slogans* de una propaganda sumaria, como "Ni un hombre, ni un centavo para las expediciones colonialistas"? ¿Y cómo pasar a una política en buena medida "positiva" sin ceder a la colaboración de clase o, si deseamos utilizar el lenguaje de aquella época, sin "traicionar al socialismo"? Si bien éstos no son interrogantes propiamente franceses, en Francia los mismos se plantean en modo especialmente agudo. Por varias razones: ante todo en función de los mecanismos originales del régimen parlamentario francés, convertido en pocos años en un profundo hecho de costumbre; la Cámara, elegida por sufragio universal, hace y deshace los gobiernos en un período en que, con relación a la crisis económica, trabajadores y productores en dificultades tienen la tendencia a volverse hacia el Estado providencial. Por otra parte, a causa de la exigüidad de la barrera que separa a los diputados socialistas del resto de la extrema izquierda, los casos de ósmosis son frecuentes, sobre todo en estos años en que la unidad del grupo parlamentario es sólo una unidad de carácter contingente, que interiormente oculta apenas las rivalidades que separan a las distintas organizaciones del socialismo francés. Es necesario pensar, también, en el peso real de los votos del grupo cuando se trata de dar la investidura o de hacer caer al gobierno. Todos son representantes de la "clase enemiga", pero existe cierta diferencia cuando esta última se encarna en un ministerio radical, en alguna medida en relación con las organizaciones obreras, como el gobierno de Léon Bourgeois en 1895-1896, o bien en un ministerio de batalla como aquel constituido por Charles Dupuy en la reapertura de 1893.
A fines del siglo XIX suena la campana para las esperanzas mesiánicas que se avivarán en todas las organizaciones mediante las primeras grandes victorias electorales de los socialistas. La ingenua confianza demostrada por Lafargue, en la época de las elecciones municipales de mayo de 1892, cuando afirmaba: "De aquí a pocos años el partido obrero llegará legal y pacíficamente al poder", era general. En diciembre de 1897, Guesde dirá todavía: "El comienzo del próximo siglo será el de una nueva era". En cambio, las elecciones de 1898 prueban a los más conscientes que la victoria no se alcanzará en el futuro inmediato. También en Alemania, donde el ascenso es constante pero relativamente lento, ello lleva a poner el acento en el reclutamiento y en la organización de las

1. Jaurès representado como bifronte que grita: ¡Viva el bautismo! ¡Abajo los clericales!, en un dibujo de Orens para una tarjeta postal que alude al bautismo de los dos hijos de Jaurès. Castres, Museo Jaurès.

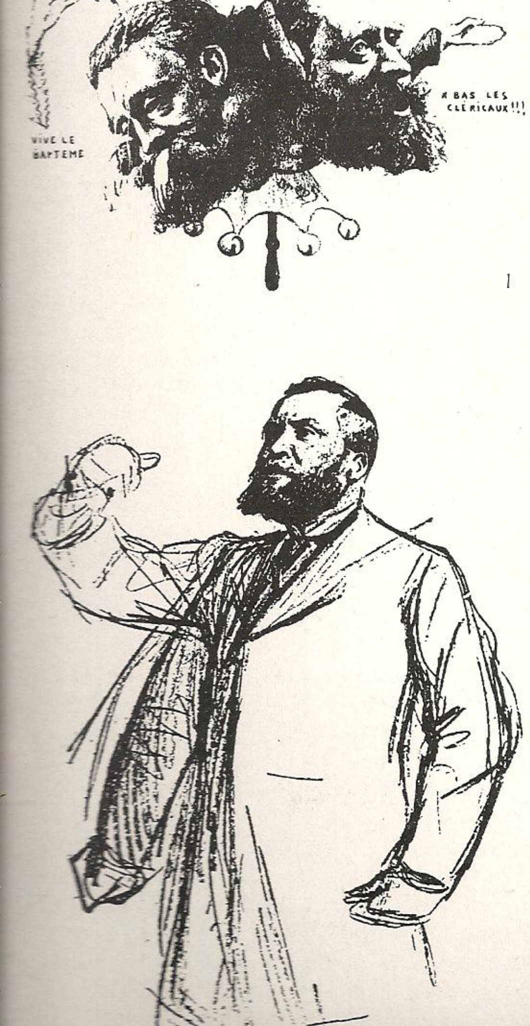
2. Jaurès en un dibujo de Sabatier. Castres, Museo Jaurès.

3. Jaurès habla en un comité de protesta de los tejedores por la expulsión de un obrero, dibujo de Sabatier en "L'Illustration" del 31 de octubre de 1903.

4. El duelo Jaurès-Déroulède, 5 de diciembre de 1904. Castres, Museo Jaurès.



3



1

2



4

masas antes que en la carga revolucionaria. El capitalismo es más sólido de cuanto pensaran los discípulos de Marx, y también más flexible y susceptible de adaptación. La demostración de esto es el nuevo impulso de la expansión económica, la disminución de la desocupación, la elevación general aunque desigual del beneficio económico. ¿Qué hacer en tales condiciones? ¿Es necesario considerar todavía a los partidos socialistas como máquinas de guerra inmediata contra un régimen que conserva aún su potencia y que, por otra parte, se muestra capaz de realizar ciertas reformas sociales? ¿No sería útil agrupar junto a los trabajadores a nuevos estratos sociales, no esencialmente proletarios, para reforzar la acción del socialismo? ¿Es posible hacer esto sin alterar la esencia misma de la expresión "partido revolucionario" y sin caer en el "revisionismo"?

También en esto el caso particular de Francia, sometido a la regla común, es en cierto modo original, como se demostrará en ocasión del asunto Dreyfus. Numerosos socialistas comienzan a demostrar interés sólo cuando piensan que se ve amenazada la institución de la República. En este país en el que la República es una mística y el calificativo de republicano implica una serie de virtudes de las que ningún socialista se separa voluntariamente, el convencimiento de que se deba salvar al régimen llevará en pocos años a una fracción muy grande de militantes por caminos inusitados. Sobre el fondo común, propio de las naciones en vías de desarrollo del capitalismo moderno, lo que toma el nombre de revisionismo se presenta en cada país con rostro propio o con una máscara particular. ¿Puede ahora el socialismo francés permanecer dividido? En una nueva coyuntura política y económica, en la que la primera preocupación debe ser la acción y la eficacia, su herencia compuesta parece más un freno que un elemento de riqueza. Ninguno como Jaurès será tan sensible a lo que contienen, como nuevas exigencias, los años en cuyo curso él se convierte en uno de los líderes del socialismo francés.

Campesinos, intelectuales, obreros. Jaurès en la encrucijada

Tal sensibilidad se explica fácilmente: por sus orígenes y su formación, sus amistades y sus electores, Jaurès es un verdadero representante de aquella parte de la sociedad francesa en cuyo interior el socialismo puede hallar adhesiones, apoyos, y cuya misma diversidad no puede dejar de suscitar problemas.

Jaurès nació en Castres, en el departamento de Tarn, que limita con el Macizo Central y con el Languedoc. En este rincón de provincia, a pesar del sol, la vida es difícil. El departamento, como todo el Sudoeste, es en su mayor parte rural; la "ley" está a cargo de algunas grandes familias realistas o bonapartistas como los Reille, los Solages. En el norte del departamento, en Carmaux, hace su aparición la industria: el carbón trae consigo sus peligros, sus vergüenzas, sus posibilidades de combatividad y de revuelta. Pero en su esencia, la población está formada por campesinos, en gran parte pequeños propietarios: tres cuartas partes de los cultivadores, en la circunscripción de Carmaux, trabajan menos de 10 hectáreas de tierra; la mitad, menos de 5. Sin capitales, sin educación profesional, estos pequeños cultivadores a menudo permanecen ligados al catolicismo y aceptan su efectiva dependencia de las antiguas familias nobles de la región. En las ciudades, una burguesía más o menos pudiente constituye los cuadros de la sociedad. La familia de Jaurès, moderadamente católica, pertenece a este ambiente de negociantes y de pequeños fabricantes. Las familias de su padre y de su madre eran "comerciantes de lana" y el ascenso social es frecuente: dos primos del padre hacen una brillante carrera militar y morirán como almirantes. Jaurès habría podido muy bien frecuentar solamente este ambiente provincial muy rico si su padre, un tanto inestable, luego de haber desarrollado varios oficios no hubiera terminado por adquirir una modestísima propiedad de seis hectáreas a pocos kilómetros de Castres. Aquí Jaurès y su hermano —también éste futuro almirante— pasaron la juventud. Este nieto de burgueses acomodados, mezclado por azar en la vida de los campos, marchaba todos los días a través de las colinas al colegio de la propia ciudad natal. Por toda su vida conservó los signos de esta infancia, hablando con seguridad el dialecto, estando siempre al corriente de las estaciones, de los trabajos de los campos, de las mil dificultades de la vida en la campaña. El pueblo francés es, para él, ante todo, los campesinos del Sudoeste entre quienes ha vivido y a los que volverá para pasar todos los períodos de vacaciones de su vida.

Los estudios lo sustraerán a la condición campesina y provincial. Alumno brillante, obtiene una beca para ir a preparar su ingreso en la Escuela Normal Superior, en el que obtiene el primer lugar. En 1881 es el tercero en la agregación de filosofía, después de Bergson. Él ha seguido el "camino real" y su cultura, esencialmente literaria y clásica, lo vincula con todos los grandes intelectuales de su tiempo. Siempre permaneció ligado al ambiente de la Normal. A esa no común fraternidad que el pupilaje crea entre alumnos de una docena de promociones cercanas, se la reencuentra periódicamente en toda la vida de Jaurès. Lucien Herr, de más edad que él, será su amigo, así como Louis Havet; Lucien Levy-Brühl será su amigo íntimo hasta la muerte; entre los más jóvenes, León Blum y, por cierto período, antes de llegar a las exageradas acusaciones que éste le dirigiera a Jaurès, Charles Péguy. Pero no se limita a las amistades intelectuales del círculo de la calle Ulm. De Jean Psichari a Joseph Reinach, de Paul y Victor Margueritte a Anatole France, él frecuente a la *intelligentzia* de la izquierda francesa. En casa de la señora Ménard-Dorian llega a conocer a una sociedad de escritores, de críticos y de personajes mundanos. La marquesa de Visconti mantiene correspondencia con él y, en la vigilia de la guerra, se reunirá en torno a él una nueva generación, con F. Pottecher, P. Rivet, J. R. Bloch.

A los obreros los descubrió mucho más tarde. No los había en Castres, y Carmaux estaba en la otra parte del departamento. Los primeros encuentros son episódicos, en el tren entre Tolosa y París. En efecto, será necesario esperar a 1885 y a su primera campaña electoral para verlo tomar contacto con los mineros y los obreros de Carmaux. El encuentro no es particularmente caluroso: Jaurès no se ha liberado aún de la universidad y no conoce demasiado bien las cuestiones obreras para hallar el tono justo; todavía no es socialista. Algunos años más tarde, en Tolosa donde, batido en las elecciones de 1889, enseña en la Facultad y se convierte en sustituto del síndico radicalsocialista, frecuenta la Bolsa de Trabajo, habla en los barrios populares, aprende a distinguir las tendencias y a apreciar a los militantes. Estos contactos seguirán siendo, todavía, individuales. Sólo en las luchas realizadas por la clase obrera un intelectual de origen semiburgués y semicampesino puede descubrir a esta clase y reconocer si puede, y en qué medida, ser solidario con ella. La experiencia decisiva para Jaurès es la gran huelga de los mineros de Carmaux en el verano de 1892. Había leído a los socialistas "utópicos" y, para su tesis secundaria, una parte de Marx. Había roto con la Iglesia católica que, como él decía, "sólo se vuelve hacia los débiles cuando éstos constituyen una fuerza". Había conocido a Jules Guesde. No le quedaba más que sostener una gran lucha y participar en ella. Cuando, el 15 de agosto de 1892, los mineros deciden la huelga para protestar contra el despido de su delegado sindical, Jean-Baptiste Calvignac, que había sido elegido síndico de la ciudad, son los derechos del sufragio universal y la práctica de la democracia lo que ellos intentan hacer respetar al administrador de la compañía, el marqués de Solages, que es también diputado de la circunscripción. La huelga termina con una victoria. El marqués abandona su mandato electoral y los obreros de Carmaux le piden a Jaurès, quien los había ayudado continuamente, que sea, como socialista, su candidato. Él acepta y es elegido diputado en enero de 1893. Salvo entre 1898 y 1902, seguirá siéndolo por el resto de sus días. La elección es decisiva. Desde 1893 a 1914 su candidatura tuvo constantemente carácter de clase. En su circular electoral de 1906, por ejemplo, escribió: "Hago un llamado confiado a todos los traba-

jadores, obreros de las minas y del vidrio, de las construcciones y de los ferrocarriles. jornaleros agrícolas, aparceros, propietarios, campesinos, pequeños comerciantes y artesanos." Sus principales electores son los asalariados; el análisis de los votos, cantón por cantón, prueba que los votos de los campesinos constituyen más de la mitad de los sufragios obtenidos por Jaurès, pero también que los cantones rurales son siempre inciertos. Es siempre el centro industrial de Carmaux el que decide la victoria. Elegido por los campesinos y los obreros, Jaurès es, por sobre todo, el elegido del proletariado urbano.

Campesinos, universitarios e intelectuales, obreros: con estos ambientes sociales Jaurès está en contacto más estrecho que con cualquier otro socialista de la época. Por lo tanto se comprenden mejor los términos en que él plantea, a fines de siglo, el problema fundamental del socialismo: una política que tienda a la transformación revolucionaria de la sociedad ¿es posible en Francia, en base al conjunto de estos diversos estratos sociales y a sus tradiciones? Jaurès nunca pierde de vista el objetivo principal, la creación de una sociedad sin clases. Él sabe que su realización será difícil, pero cree en tal posibilidad, apunta a esta posibilidad, y hace de ella la clave de su propia conducta política en todas las etapas principales de su carrera de militante socialista, desde 1893 hasta su muerte. La aplicación práctica de esta política asume en Jaurès una gran variedad de aspectos, pero al mismo tiempo una real unidad; está presente en toda gran batalla en la que estén comprometidos los pequeños campesinos, el proletariado obrero, los intelectuales. Más que estar presentes, él anima las luchas; analiza las situaciones a la luz del futuro pasaje al socialismo. Alguna vez propone soluciones intermedias susceptibles de hacer progresar a la sociedad.

Los campesinos

En la renta nacional francesa, el porcentaje de la agricultura disminuye sin tregua desde 1871. Contra cerca del 60 % a fines del Segundo Imperio, la misma represeuta menos del 40% en 1906. Las "tijeras" se abren cada vez más en favor de la industria, cuyos provechos suben con mayor rapidez en períodos de alta coyuntura y ceden mucho menos en períodos de baja. Jaurès se alegra de la amplitud del éxodo rural, descubriendo en el mismo una solución para aligerar el "ejército de reserva" que pesa como continua amenaza sobre el proletariado urbano. ¿Pero cómo conquistar a aquellos que quedan, convirtiéndolos en aliados para la construcción del socialismo? Jaurès se ha ocupado de ello con mucha anticipación, adelantando algunas ideas simples, algunas veces nuevas, expuestas con gran claridad. Denuncia el contenido social, la rutina y la ineficacia del retorno al proteccionismo. En la crisis agrícola ve un reflejo de la crisis general ligada a la naturaleza anárquica del capitalismo. Y, si bien garantiza a los campesinos, pequeños propietarios, que conservarán su propiedad en el régimen socialista, es para explicarles a ellos que no se tratará ya del mismo tipo de propiedad y que deben prepararse desde ahora a un nuevo estado de cosas, tomando en consideración las nuevas formas de reglamentación del mercado y de organización de la producción.

Defiende estos temas desde 1894, a propósito de las leyes sobre los granos, en un discurso que fuera vivamente criticado por Engels. Luego, nuevamente en 1897, en 1900 y en junio de 1912; su posición se ha enriquecido, su análisis se ha profundizado, pero no ha cambiado: siempre propone confiar al Estado el monopolio de la importación del grano del exterior. La misma idea expresa el 11 de junio de 1907, durante la dramática crisis viñatera del Languedoc. En ese momento, está pronto a votar las medidas particulares sugeridas por los representantes de los viticultores, aunque sólo ve en ellas paliativos de muy dudosa eficacia. Para hallar remedio a la crisis es necesario que la nación intervenga en tres formas: nacionalización de las grandes propiedades, administradas por una "asociación general de los trabajadores de la viña"; asociación obligatoria de viticultores cultivadores en función de su viña; nacionalización de la producción y del comercio (salvo al minorista), del vino y del alcohol, y de la fabricación del azúcar. Dentro del partido socialista, se une a aquellos que no desean esconder la verdad a los campesinos y prefieren habituarlos, por el contrario, a pensar en el futuro y prepararlos.

Al comienzo Jaurès tenía más confianza en la espontaneidad de los campesinos. También en 1901 creía en la posibilidad de un libre desarrollo de asociaciones de productores de vino, que reuniera a propietarios y asalariados, y de cooperativas de consumidores, que habrían podido fijar el precio en común, cediendo sólo los excedentes al Estado para la fabricación de alcohol. La experiencia nacional le parece cada vez más necesaria. La producción debe ser organizada. De nada sirve prometer al campesino francés que trabaja en una parcela la restauración de una independencia que se ha convertido en simple lisonja; es mejor proponerle perspectivas a largo plazo que puedan aclarar sus ideas. Por otra parte, Jaurès sabe muy bien que es necesaria una vasta investigación para definir con exactitud el significado de la repartición, de la explotación y de la propiedad de la tierra en varias regiones. El Partido decide su comienzo en noviembre de 1906, y le da forma en 1907. Los resultados serán parciales y no le permitirán a la *SFIO* decidir entre aquellos, como Compère-Morel, que se decían seguros de la rápida desaparición de la pequeña propiedad en provecho de la grande sin extraer, sin embargo, otras conclusiones inmediatas aparte de la redacción de "cuadernos" de reivindicaciones campesinas, y aquellos, como Jaurès, que subrayaban la creciente dependencia de los campesinos, al llamarlos a sostener toda batalla inmediata mientras no dejaban de poner el acento en la necesidad de organizar el mercado y la producción. Si, como lo prueban sus éxitos electorales en numerosos departamentos rurales tocados por la crisis, se está tornando fácil para el partido socialista, al comienzo del siglo xx y a causa de la propia política de oposición, "sentirse comunicado con el alma campesina", le resulta mucho más difícil orientar la acción de los agricultores hacia formas de organización colectiva. En realidad, las propuestas de Jaurès en este sentido nunca tuvieron fuerte eco, ni siquiera en la prensa socialista de las regiones rurales. Se trataba de una tentativa prematura para Francia.

Los intelectuales

Al atraer hacia la bandera del socialismo a los "intelectuales" (este nombre comienza a ser utilizado a partir del asunto Dreyfus), Jaurès logró sin duda un éxito mayor. No hay dudas de que Guesde, Lafargue, Vaillant, son también intelectuales, si no universitarios, por su formación. No hay dudas de que el grupo de los estudiantes colectivistas, que desarrolla su mayor actividad en el Barrio Latino entre 1893 y 1897-98, ha sufrido por sobre todo la influencia de los guesdistas; verdadero vivero de socialistas, su irradiación continúa por mucho tiempo y llega muy lejos. Pero es Jaurès quien ha logrado reunir dos veces en torno al movimiento socialista las oleadas más grandes de intelectuales franceses; es su acción la que se muestra más continua y audaz en dirección de vastos estratos. El asunto Dreyfus fue en 1898-99 la ocasión para el ingreso en la vida política y militante de numerosos universitarios y escritores. Pero faltó poco para que los socialistas obtuvieran algún provecho de ello. En efecto, el asunto suscitó, durante mucho tiempo, sólo el apasionado interés de hombres políticos y escritores al margen de las grandes organizaciones. Bernard Lazare es un anarquista; Clemenceau ha perdido, desde el escándalo de Panamá en adelante, una parte de la audiencia de la que disponía entre los radicales; Émile Zola no adhiere a ninguna agrupación política. Muchos socialistas no deseaban mezclar su partido con un asunto "burgués"; otros eran sensibles, sobre todo, a los peligros de una campaña impopular y en la que podían perder sus bancas de diputados. Es Jaurès, aún fuera de las grandes organizaciones, quien aprovecha en favor del socialismo el sentido de la equidad y la inquietud frente a las presiones del Estado Mayor [militar] que sentían numerosos profesores, artistas y escritores. No se debe exagerar nada: en la alta universidad los "dreyfusardos" fueron minoría y Jaurès lo



1

1. Jaurès en una pintura de Sirat. Castres, Museo Jaurès.

comprendió cuando la Sorbona le negó, el 18 de julio de 1898, la autorización que él solicitara como doctor en filosofía para desarrollar un curso libre sobre los "principios del socialismo considerados desde un punto de vista absolutamente filosófico y doctrinario". Sin embargo, en el mismo partido y en torno a él, por ejemplo en la Liga de los Derechos del Hombre, se reunieron muchos intelectuales, cuya adhesión llevó a algunos de ellos a participar en el movimiento de educación obrera conocido con el nombre de universidades populares.

Bien pronto la oleada refluyó. Los compañeros de calle volvieron a su soledad, escasamente seducidos por la política del bloque de las izquierdas, por los compromisos a los que ésta dio lugar y por la creciente parlamentarización de la *SFIO* después de la unidad. Pero a partir de 1911-12 las campañas que Jaurès condujo contra la conquista de Marruecos, la amenaza de guerra y la ley de los tres años, produjeron en numerosos escritores, periodistas y artistas, más o menos anarquistas, un movimiento de adhesión al socialismo, la única gran fuerza organizada que brindaba la esperanza de poder salvar la paz.

En el intervalo, Jaurès no había dejado de dirigirse a la que podemos llamar la infraestructura de los intelectuales franceses de aquel tiempo, los educadores. A partir de agosto de 1905 colaboró regularmente en la *Revue de l'Enseignement primaire et primaire supérieur* dirigida por Chauvelon; pedagógica y cultural en el sentido más amplio, es decir también en el político, la revista tenía un público numeroso y reputación "de izquierda". En ella Jaurès defendió con vivacidad, como también hiciera en el Parlamento y en la prensa, el derecho de los educadores a constituir un sindicato y su libertad de expresión; en ello no había mucho de nuevo.

Mucho más original fue el modo de plantear los problemas del laicismo y la cultura: "La más pérfida maniobra del partido clerical, de los enemigos de la escuela laica —escribió el 4 de octubre de 1908— es la de obligarla a lo que ellos llaman la neutralidad y de condenarla, por lo tanto, a no tener ni doctrina, ni pensamiento, ni eficacia intelectual y moral. En efecto, sólo la nada es neutra... ¿es decir que el educador de la escuela debe ser sectario, violentamente o cautelosamente tendencioso? Sería un crimen para el educador violentar de tal manera el espíritu de los niños en el sentido del propio pensamiento... podemos volvernos hacia el futuro y orientar hacia los tiempos nuevos el significado de la historia sin calumniar el pasado y el presente... De ahí la necesidad de un método de enseñanza sobre todo positivo. No es a través de la negación, la polémica, la controversia, que el educador debe proceder, sino dándole a los hechos todo su valor y su relieve."

La clase obrera

Luego de que Jaurès hubo comprendido la necesidad de un partido de clase, diferente del "gran partido republicano", la clase obrera fue su mayor objetivo. Toda una tradición llamada "jauresista" vio en él a un intelectual reformista, amante de la naturaleza, de la paz, "del cielo libre y de la ley moral", nunca tan libre como cuando está al lado de Millerand entre 1899 y 1902, de Briand entre 1902 y 1905, nunca tan feliz como cuando funda en abril de 1904 *L'Humanité* de los 17 profesores, nunca tan "auténtico" como durante los años en que una parte del proletariado no lo acepta. Es el más grave de los contrasentidos que se podrían cometer al juzgar su personalidad.

Él piensa efectivamente que, en la sociedad desgarrada por la propiedad privada, el proletariado es la fuerza principal de transformación y no sólo una víctima para con la cual todo buen corazón debería compadecerse; creando las bases del socialismo, el mismo reconciliará a los hombres entre sí y consigo mismos y hará posible su felicidad; el proletariado abrirá, como escribe Jaurès en *L'Humanité* del 9 de agosto de 1905, "la magnífica promesa de días felices". Es la única fuerza viva en relación coherente con la humanidad y la vida universal. Pero la clase obrera de ninguna manera está enteramente conquistada por el socialismo. En la misma Carmaux se hallan aún suficientes sujetos dóciles en la mina como para formar un sindicato "amarillo", el de los "mineros del marqués". Especialmente en el curso de las grandes luchas que se desarrollan entre 1895 y 1898, desde la huelga de los obreros del vidrio hasta la única derrota electoral que sufriera, Jaurès experimenta los conflictos más violentos. Sobre todo, buena parte del proletariado se aleja de los socialistas, a comienzos del siglo, cuando no los combate directamente; las causas de ello son lejanas y profundas. La desunión de los socialistas hasta 1905 ofrece un espectáculo poco confortante. El comportamiento de Millerand que, una vez ministro del gabinete Waldeck-Rousseau desde 1899 a 1920, rompe rápidamente con el propio partido, crea el modelo del traidor, alimenta el antiparlamentarismo latente en la clase obrera francesa, y repercute aun en el conjunto del partido unificado en la evidente medida en que el mismo, entre 1905 y 1914, se parlamentarizaba. Los guesdistas no se habitúan a tratar al sindicalismo sino como a un hijo menor autorizado a actuar en un plano exclusiva y estrictamente corporativo y en la medida en que los socialistas lo encuadran y lo orientan. En estas condiciones, una parte del proletariado francés se separa, no sólo del partido, sino también del movimiento socialista, replegándose en el sindicalismo e intentando hacer de éste un instrumento revolucionario independiente y a veces hostil; la ruptura entre los sindicalistas-revo-

1. Jaurès, foto H. Manuel. Castres, Museo Jaurès.

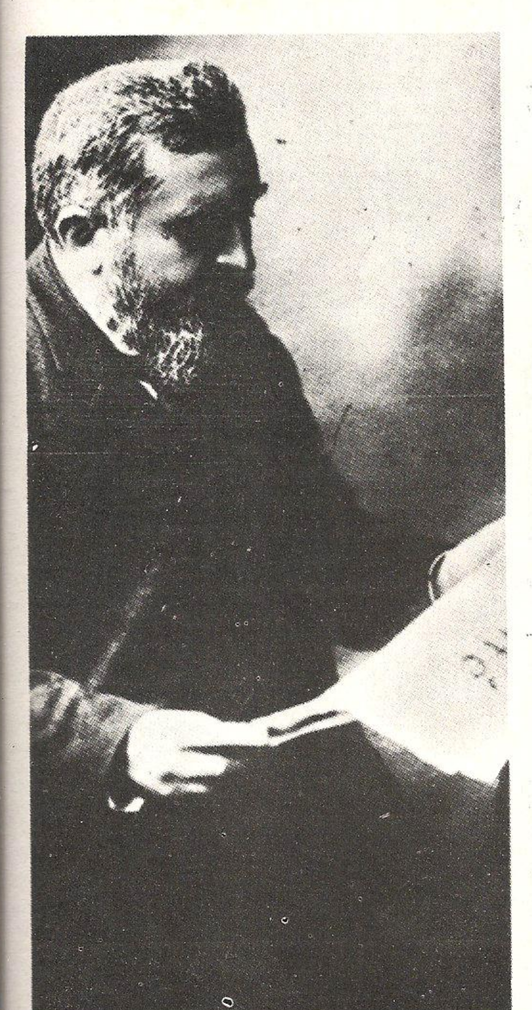
2. Los socialistas unitarios en el restaurante del Palais Bourbon. De izquierda a derecha: Vincent Auriol (de pie), Jaurès, Dubreuilh, Renaudel, Vaillant.

3. Jaurès habla en el Congreso de Stüttgart, de "L'Ilustration" del 24 de abril de 1907. Castres, Museo Jaurès.

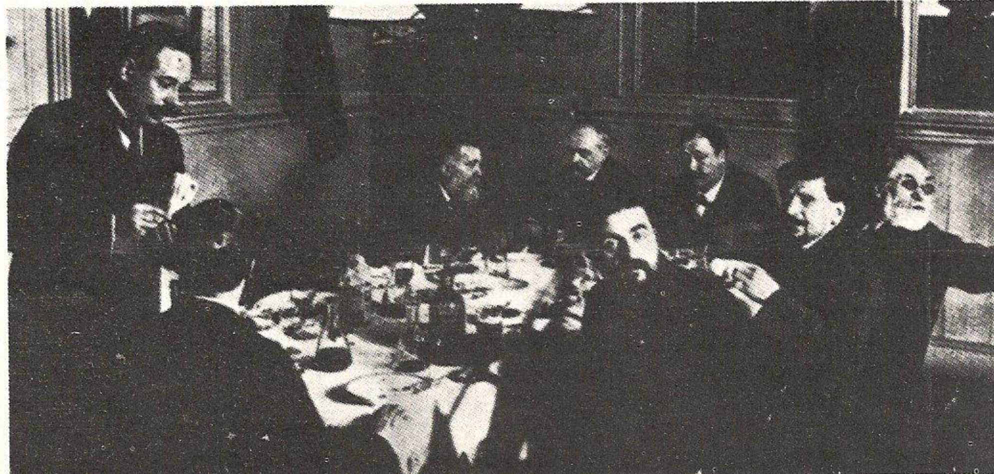
4. Jaurès y los socialistas del canton de Pamploune, en 1910. Colec. J. Malphette.

En las páginas siguientes:

Una tarjeta postal. Castres, Museo Jaurès.



1



2



3

4


POUR LA PAIX
VIVE LA PAIX
VIVE LA PAIX
J. JAU
RF
LE TRIOMPHE DE



AURÈS
AX
RÉPUBLIQUE ALLEMANDE
LA RÉPUBLIQUE
CONTRE LA BARBARIE

lucionarios y la *SFIO* es una de las mayores características del movimiento obrero francés entre 1906 y 1914.

Para Jaurès, el primer deber del partido socialista es el de mantener el contacto con los obreros. Pero, ¿cómo? Ante todo, enfrentando con ellos los peligros, apoyándolos en todas sus luchas, particularmente cuando estén empeñados en un mal momento o en malas condiciones. En 1895, cuando los obreros del vidrio de Carmaux inician una huelga evidentemente deseada por los patrones y muy pronto convertida por estos últimos en una trampa, Jaurès les suplica que acepten las condiciones del director, por otra parte inflexible, pero así concluye un largo despacho enviado al Presidente del Consejo: "Puede suceder que los obreros, exasperados por la injuticia y la miseria, se den a un justo resentimiento y respondan a la violencia con la violencia. En el día del peligro yo estaré con ellos, a la cabeza de ellos." De la misma manera se comportará en 1910, cuando los sindicatos de los ferroviarios lanzaron una huelga general sobre las redes del Norte, a pesar de su desaprobación. Se puede entender muy bien que la clase obrera se sienta más cerca de este "reformista" que de muchos "revolucionarios".

Nada le es más ajeno que el espíritu farisaico. Tanto más que no cree ser el que detenta la verdad; en efecto, nadie en el socialismo francés está más atento que Jaurès a todas las iniciativas que proceden del pensamiento obrero. Él siempre demuestra una simpática acogida a lo nuevo, que algunos consideran con desconfianza ya sea en nombre de un marxismo restringido, ya sea por el temor no confesado a los movimientos populares. Un ejemplo: el clamoroso antipatriotismo enarbolado por Gustave Hervé en 1905 lo irrita a tal punto que no desea tomarlo en consideración; pero cuando se entera, en agosto de 1905, que las tesis de Hervé fueron calurosamente aplaudidas por 3000 obreros metalúrgicos reunidos en torno al joven sindicalista Merrheim, su punto de vista se modifica: ¿cómo integrar esta corriente de opinión en la batalla por el socialismo y la paz? Ésta será su preocupación ahora. Desde 1907 se lo ve preconizar contra la guerra el arma que bajo muchos aspectos consideraba peligrosa para el movimiento obrero: la huelga general. De este "mito", nacido entre los anarquistas, adoptado por el sindicalismo revolucionario, Jaurès intentará hacer entre 1907 y 1914 el instrumento de la victoria internacional de las pacíficas fuerzas obreras.

Estar ligado a la clase obrera no significa sólo sostenerla en los momentos duros, defender sus derechos políticos y sindicales y tener confianza en su poder inventivo; también significa actuar para mejorar desde ahora las condiciones de trabajo, desarrollar en tal modo en los trabajadores la conciencia de su dignidad y armarlos mejor para la revolución. Desde 1887 Jaurès ha tomado parte en la Comisión de minas, de la Cámara, para obtener conforme al mandato recibido de los obreros de Carmaux, la creación de delegados de seguridad a la que se oponían los patronos. Más tarde tomó parte en el grupo parlamentario en defensa de los ferroviarios. Actuó en favor de la generalización de la ley sobre los accidentes del trabajo y sobre todo, durante casi veinte años, por las pensiones a la vejez para los obreros y los campesinos. Por su competencia, su conocimiento de los expedientes, los contactos que había sabido establecer, este profesor de la universidad a menudo pareció el mejor defensor de los inmediatos intereses de los trabajadores. Sin por ello ahorrarse las críticas que cree oportuno dirigirles cuando está seguro de poder hacerlo sin correr el riesgo de favorecer a los enemigos comunes. No ha dudado en separarse de la dirección de la *CGT* para hacer votar en 1910-11 la ley sobre las pensiones que la Confederación consideraba escandalosamente insuficientes. Él nunca ocultó lo que pensaba acerca de las huelgas reivindicativas, fuente de anarquía y de múltiples sufrimientos, y por mucho tiempo pensó en su posible reglamentación, tratando de no encerrar al proletariado en una peligrosa trampa. Expresó todas sus reservas acerca del modo en que se manifestaba "el antipatriotismo" en los sindicatos, pero nunca aceptó condenarlo frente a aquellos que, verdaderos vendedores de la patria, utilizaban el patriotismo como instrumento de provecho.

Campesinos, "clase intelectual", proletariado: ¿cómo unir todas estas fuerzas que son, si bien a diferente nivel, las fuerzas de progreso y de cambio? ¿Cómo hacerlas cooperar y apurar así el advenimiento de la sociedad socialista? Para Jaurès es éste el problema importante, aquel a cuya solución se dedica en circunstancias políticas diferentes, mucho tiempo antes del asunto Dreyfus, desde 1893 a 1898, como durante el bloque de las izquierdas, desde 1899 a 1904, o bien después de la unidad, entre 1905 a 1914. Recuperar en favor del progreso las tradiciones nacionales, proyectar ampliamente el futuro, unificar el partido socialista y unir las organizaciones que se vinculan con el proletariado, son las principales acciones que él auspicia.

La tradición nacional

En los militantes revolucionarios es grande la tentación de poner el acento en lo que separa al proletariado industrial y rural del resto de la nación, en lo que aisla del pasado nacional a la clase nacida de la revolución industrial. Útil tentación, sobre todo en un país como Francia donde la clase obrera es, aún a comienzos del siglo xx, relativamente poco numerosa y concentrada y donde a la misma tanto le cuesta separarse de la pequeña burguesía. Pero para Jaurès ésta es una tentación peligrosa, ya que se corre el riesgo de preparar revueltas en lugar de revoluciones. Este filósofo es sobre todo un historiador bastante profundo como para concebir el presente como la realización transitoria del pasado; este "ecléctico" es bastante marxista como para comprender hasta qué punto las ideologías y los comportamientos sobreviven a sí mismos de una época a la otra y, si bien formados en tiempos diversos, pueden fecundar las luchas del presente. Otro tanto ocurre con respecto a las tradiciones nacidas de la Revolución francesa. Jaurès fue el historiador de las mismas, y su *Historia socialista de la Revolución francesa* es conocida ampliamente en el mundo entero a través de sus numerosas ediciones. Jaurès ve nacer a la Francia moderna justamente de aquel suceso decisivo, "cuyos personajes principales son las clases". Es la Revolución, en efecto, la que ha creado el régimen republicano en el que Jaurès ve "la forma política del socialismo". El misticismo republicano de Jaurès y de los hombres de su generación está enraizado en las condiciones en las que fue creada, perdida y nuevamente fundada la República en Francia; ello resulta de la lucha de las fuerzas populares y de la burguesía, unidas antes de la victoria del capitalismo. En 1792 la relación de las fuerzas económicas y sociales era tal que esta colaboración resultaba útil sobre todo a la burguesía, pero al mismo tiempo creaba vínculos que la "fracción pensante de la clase burguesa", los campesinos y el proletariado de la Francia capitalista moderna podían invocar para su ventaja. Ser republicano no significa solamente estar ligado a un régimen político, sino combatir a aquellos que siempre lo han obstaculizado, a aquellos a quienes, en las condiciones históricas del fin del siglo XVIII, se les debió imponer; significa estar contra "la espada y el aspersorio", contra los militares y los sacerdotes. Para Jaurès esta toma de posición, en una época en que "la rica burguesía de los hijos de Voltaire" busca apoyo en la Iglesia y el ejército, predispone a un paso adelante en la dirección de la república socialista...

"He servido fielmente —declara en el manifiesto electoral que había redactado para Carmaux en 1906— al socialismo y a la República, que son inseparables. Porque sin la República el socialismo es impotente, y sin el socialismo la República está vacía."

No se trata solamente del apego, antiguo de un siglo, a la democracia y a la república que le parecía susceptible de favorecer la colaboración entre la clase obrera y sus posibles aliados; se trata también de un sentimiento nacional profundo y de antigua data. Para explicar sus orígenes se remonta, aparte de la Revolución francesa y el movimiento jacobino, hasta la Francia antigua. Y aparte de la experiencia real de la tiranía de las clases en la sociedad moderna, que inspira "el antipatriotismo" de la *CGT*, él descubre la integración de

1



2

1. Jaurès en el Pré Saint-Gervais, en 1912. Colec. J. Juery.

2. Jaurés en un comicio. Colec. Mme. Lévy.

1

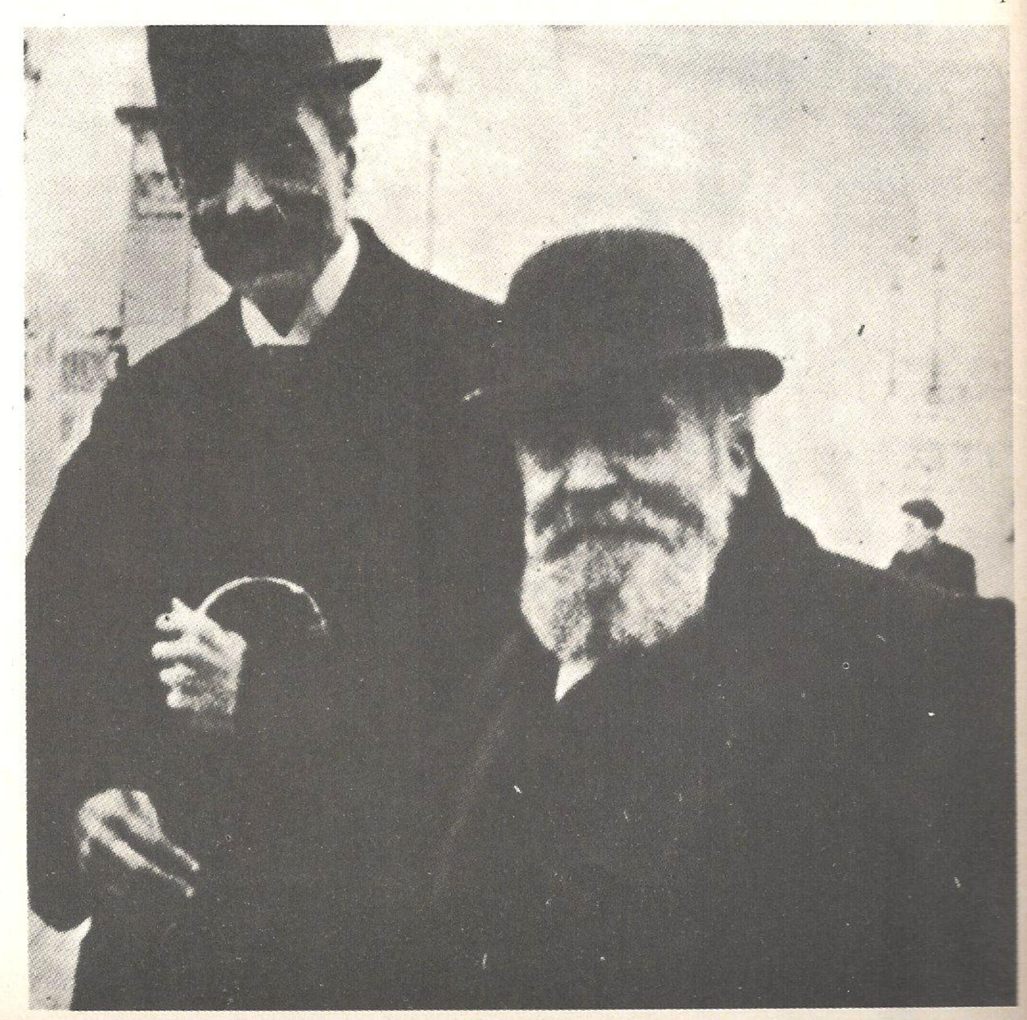


3

1. *Jaurès en la tribuna, pintura de J. Veber. París, Museo Carnavalet.*

2. *Jaurès en el Palais Boubon, durante la última reunión a la que asistiera, en los dibujos de Doroille publicados en la "Revue des Causes Célébres", del 4 de mayo de 1919. Castres. Museo Jaurès.*

3. *Jaurès llega al Palais Bourbon con Millevoye. Castres, Museo Jaurès.*



2

la clase obrera francesa en la vida nacional. Justamente a esto está dedicada toda una parte de la gran obra con frecuencia mal leída, que él redacta en 1909 y publica en 1910-11, bajo el título de *L'Armée nouvelle* [Nuevo Ejército].

En efecto, desde diciembre de 1905, Jaurès había demostrado que los proletarios tienen profundas raíces en su país. En las grandes crisis de la vida nacional ellos siempre supieron adoptar en su pensamiento la parte progresista de la cultura francesa y alimentar su práctica. Como los *sans culottes* durante la Revolución eran volterianos y roussonianos, a menudo sin saberlo, así los obreros de hoy, gracias al sindicalismo y aun cuando crean alejarse de la comunidad nacional, asimilan en cambio la parte fresca y vigorosa de la misma, y la enriquecen con sus luchas. Gran error sería si, en estas condiciones, el extremismo verbal terminara por hacer olvidar a los intelectuales, a los campesinos y a los obreros que, hijos de la Francia moderna, ellos son también los herederos de una tradición nacional y de una cultura que se mantiene viva sólo renovándose.

El socialismo y los católicos en Francia

La república. La nación. La herencia del pasado para un francés incluye, también, en el comienzo del siglo xx, aquel instrumento de la mayor división dentro de todas las clases y en particular de los grupos sociales sin cuya colaboración la construcción del socialismo no es posible: la religión católica.

A pesar de ello, ¿se puede recuperar también la tradición religiosa, o por lo menos limitar el elemento de división que ella representa? No es un problema que los socialistas franceses, en su conjunto, o aun aquellos de otros países, hayan considerado fundamental en aquella época; sin embargo, así lo comprendió Jaurès. En primer lugar por el hecho de que si bien libre desde la adolescencia de todo credo religioso o de fe en un dios personal, él nunca fue totalmente materialista. Según parece, nunca dejó de creer en una vida eterna, en la omnipresencia de lo que él llama Dios. En todo caso, siempre se mostró dispuesto a acoger el movimiento de una conciencia religiosa, como lo prueban las numerosas conversaciones con Barrès que este cristiano, si bien singular, refirió en sus diarios. Pero de esto a llegar a conciliar en la Francia de comienzos de siglo, cristianismo y socialismo, existe cierta diferencia.

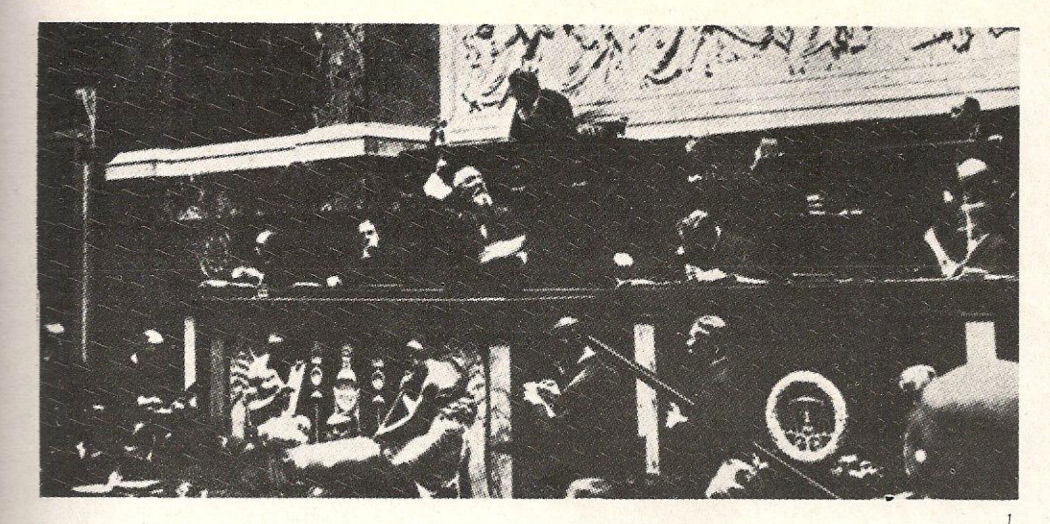
Jaurès la superó en un primer momento mediante el hecho de no ocultar su elección. Desde el verano de 1891, aun antes de haber comprometido públicamente su vida en la lucha por el socialismo, escribía en un texto que permaneciera inédito por largo tiempo y cuya publicación, en 1959, suscitó vivas polémicas: "aunque los socialistas alejen por un momento todas las estrellas del cielo, yo deseo marchar con ellos por la oscura vía que lleva a la justicia, centella divina que bastará para reanimar a todos los soles, a todas las alturas del espacio". Tal elección trae consigo en Francia, durante los años siguientes al asunto Dreyfus, una lucha sin cuartel, no sólo contra el clericalismo, sino por "la abolición de la Iglesia misma y la desaparición del cristianismo", como Jaurès escribiera en la *Historia socialista de la Revolución.*

Ira pasajera, alimentada por el horror que le inspiraban, durante el asunto Dreyfus, las fuerzas reaccionarias clericales y su influencia sobre las masas proletarias. Más tarde sus ideas se tornaron más abiertas. Las congregaciones habían sido duramente golpeadas; la separación entre Iglesia y Estado era un hecho concreto; pero cierto tipo de anticatolicismo amenazaba con desviar a la clase obrera de su verdadera lucha. Llegó entonces a considerar al cristianismo como un momento de la historia de la humanidad al que se podrá un día hacer justicia, y si parece evidente que el problema le preocupa menos hacia el fin de su vida, es tal vez en aquel período cuando pronuncia en cuanto al cristianismo las palabras más tolerantes y más adecuadas para hacerles aceptar a aquellos que creen en Dios la perspectiva de actuar junto a aquellos que no creen. El pueblo lleva dentro de sí, escribe el 25 de marzo de 1913 en *L'Humanité*, "acumuladas, las fuerzas y la doble nobleza del cristianismo y de la revolución". ¿Qué probabilidades tenían tales palabras de ser escuchadas en su tiempo? Jaurès nunca se sirvió de ellas, a diferencia de ciertos socialistas como Pierre Myrens o Adeodat Compère-Morel, para conquistarse los votos de la reacción. Pero a un católico practicante que hacia 1905 deseaba adherir al partido sin abandonar su fe ni su práctica religiosa, él le respondió que veía personalmente con alegría esta adhesión, y cuando el papa, el 25 de agosto de 1910, condenó públicamente el movimiento católico de "Sillon", relativamente progresista, expresó su pena en cuanto a que "las clases conservadoras no le permitieran al cristianismo social tentar realmente el corazón del pueblo con programas de una generosidad eficaz".

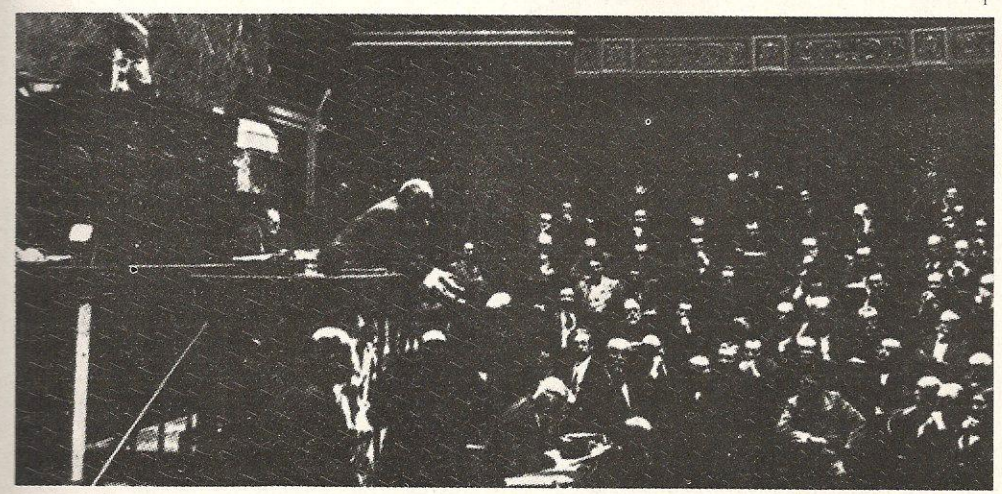
El rostro del futuro

Para modelar una sociedad socialista, entonces, Jaurès no considera indispensable hacer tabla rasa del pasado; por el contrario, es mejor individualizar y acoger todo lo que sea posible conservar del mismo. Además las fuerzas del progreso necesitan saber en qué dirección van para poder operar en conjunto, y Jaurès nunca renunció del todo a diseñar las grandes líneas del futuro socialista, o a prepararlo desde el tiempo presente. En esto, él se distinguía de los guesdistas, que definían como una utopía todo intento por imaginar a la sociedad futura, así como de aquellos que, como E. Milhaud, Ch. Andler, A. Thomas, dedicaban a la definición y a la realización de embriones del futuro casi todas sus energías. Jaurès se mostró siempre coherente en cuanto a este punto: tanto en la serie de estudios para la *Revue socialiste*, de marzo de 1895 a mayo de 1896, como en los artículos que publican en diciembre la *Revue de Paris*, en enero de 1898 *Cosmopolis*, en aquellos que reúne, en 1901, *La Petite République*, en su gran discurso en la Cámara de junio de 1906 o en *Nuevo Ejército*, siempre lo animan los mismos motivos, la preocupación de señalar las mismas perspectivas. Mantener entera la libertad del socialismo durante el período de la conquista del poder, en el curso del cual la "dictadura del proletariado" es posible porque "es muy probable que el advenimiento del proletariado tenga, así como una vez fue el de la burguesía, un carácter revolucionario"; pero reflexionar en el orden de mañana, y disipar en tal modo, a partir del estudio de las fuerzas reales que conducen al socialismo, los temores de "aquella parte de la burguesía que no está separada del socialismo por los intereses de clase" y que, "a causa de una alta preparación cultural, tiene la generosidad necesaria como para no hacer del propio interés privado la unidad de medida de la verdad", sino que "considera por sobre cualquier otra cosa a la libertad".

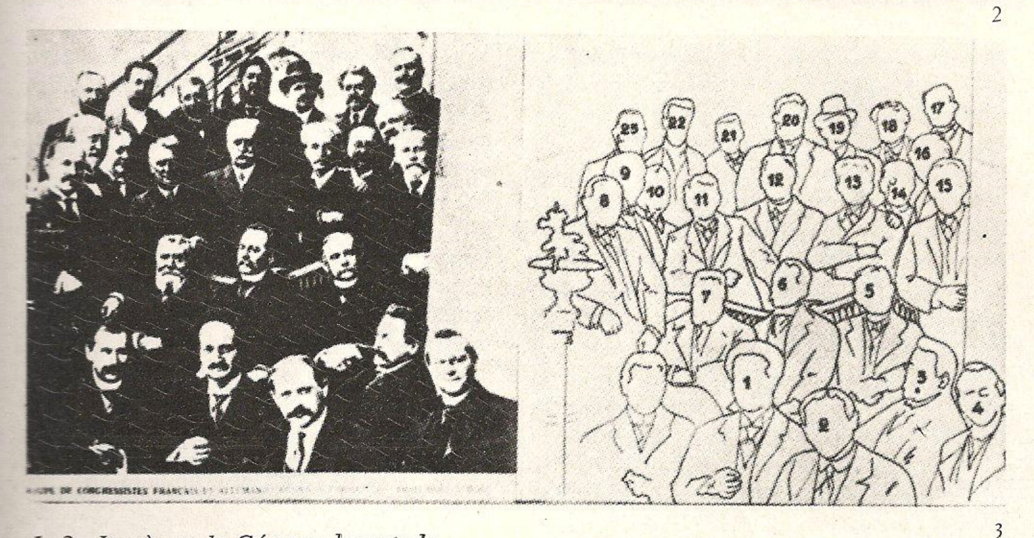
Jaurès se preocupa especialmente por demostrar que un abismo separa al colectivismo y al socialismo de Estado. "El Estado no se tornará por cierto socialista con sólo hacerse empresario." ¿Qué significa? Que el Estado será profundamente transformado por la revolución social, como lo serán la idea de patria, la idea de familia; "en la administración del vasto dominio social constituido por la expropiación capitalista, no es más el Estado de hoy, burocrático, sino el Estado democrático, asistido directamente por el pueblo entero, quien tendrá la dirección y será ayudado en esta inmensa tarea por aquellos grupos profesionales que ya se están constituyendo en todas las categorías del trabajo humano". De ahí la atención de Jaurès para con las cooperativas, las administraciones municipales, para con todas las asociaciones dentro de las cuales, campesinos y obreros se preparan para conducir un día aquel bien que la revolución habrá convertido en común. Nada es más importante, en este sentido, que el papel que tendrán en el futuro los sindicatos, centros independientes de acción obrera, "grupos de fuerza, de inteligencia y de voluntad", que "impedirán que el nuevo régimen se incline hacia una centralización abusiva y se hunda en la burocracia". Su confianza es histórica, y entonces ilimitada, pero no ciega: él no cree ni siquiera por un momento que la apropiación de los medios de producción por parte del Estado resolverá en forma mágica los problemas heredados del pasado. En su preocupación por garantizar al co-



1



2



3

1, 2 Jaurès en la Cámara durante la discusión de la ley de los tres años (1913) foto J. L. Breton. Castres, Museo Jaurès.

3. El congreso de los parlamentarios franceses y alemanes en Basilea en junio de 1914. Señalado con el Nº 7, Jean Jaurès. "La Miroir" del 21 de junio de 1914. Castres, Museo Jaurès.

cialismo la libertad, él persigue mucho más que una táctica transitoria: una conciencia clara, un presentimiento de las contradicciones en las que no podrá dejar de debatirse la primera nación que construirá el socialismo.

Unidad socialista y unidad obrera

Se ve claramente que Jaurès no se asemeja en nada a un soñador o a un estéril ideólogo. Nada de malo hay en describir con palabras la imagen del futuro; sin embargo, es más útil todavía darle una primera forma en la acción. Sobre este punto podrán cooperar todas aquellas fuerzas socialistas diversas, o que se diversificaran sobre la marcha, sin las cuales, en nuestras sociedades industriales avanzadas, el socialismo no será más que un sueño. La unidad socialista y la unidad obrera pasarán a ser sus ocupaciones principales. Y justamente como el hombre de la unidad él ha entrado de hecho en la leyenda del socialismo francés internacional.

Jaurès se empeña en hacer surgir "el bello sol de la unidad socialista" desde mayo-junio de 1898, pero sólo lo logrará en 1905; y también en el partido unificado, él continuará obrando para atenuar la virulencia de una cantidad de gérmenes de división que habían subsistido.

Entre 1898 y 1905 su acción en favor de la unidad puede parecer en algún modo oblicua. Promotor entusiasta de la unidad en 1898-99, no puede evitar una ruidosa detención de la operación en 1900-1901, de la que en parte es responsable. Durante más de tres años las divisiones se multiplican, pero él retomará nuevamente, a fines de 1904, el comando de la campaña unitaria. En realidad, desde 1898 él estaba convencido de que si la clase proletaria era una sola, uno debía ser el partido que la representara. Como hombre nuevo, llegado tarde al socialismo, sin haber tomado parte nunca en las antiguas organizaciones, advierte en el país el incremento de las aspiraciones unitarias de una nueva generación a menudo fastidiada por las cuestiones antiguas, tanto más que, en la práctica, la vida parlamentaria y las luchas obreras imponen a todos los socialistas un comportamiento uniforme. Él está dispuesto a aceptar que por cierto tiempo sobrevivan los viejos partidos, pero sin embargo busca con constancia el medio para superarlos actuando a través de las bases.

Este significado tiene el encuentro de Tivoli Vaux-Hall, del 7 de junio de 1898, en el que más de 10.000 militantes dirigen a las organizaciones un llamado a marchar hacia una "unidad orgánica superior".

El mismo significado tienen los llamados repetidos que él lanza desde 1899 por un congreso general socialista en el que se pueda ir más allá del simple entendimiento en el vértice de las organizaciones: será el Congreso de Japy de diciembre de 1899. También el mismo significado tendrá, en el momento en que aumenta la tensión en-

tre el *POF* y el *PSR* por una parte y los otros movimientos socialistas por la otra, la crítica áspera a la que se dedicará Jaurès en cuanto a las organizaciones que a causa de su sectarismo son incapaces de coincidir con la realidad amplia y variada del socialismo francés. Desde este momento él se lanza a una ardiente campaña por la unidad en la base, en el cuadro de las federaciones autónomas en el que se hallarían militantes de todas las tendencias así como sociedades obreras de todo tipo, si bien no explícitamente socialistas. Cuando por fin parece realizada la ruptura entre el Partido Socialista Francés, que él guía, y el Partido Socialista de Francia de Guesde, Jaurès toma nota de ello, pero como de un fenómeno transitorio. Cuando en 1904 le parece claro que en los diversos movimientos renace la corriente unitaria, él se vuelca a la misma; en el congreso internacional de Amsterdam acepta un texto que critica con firmeza el apoyo que él le ha prestado durante cuatro años al bloque de las izquierdas; esta vez tiene la certeza de que la unidad socialista está cercana, aquella unidad que él había auspiciado, mediante la fusión de las viejas organizaciones de base. Jaurès intenta hacer de este partido único un partido que se adapte a la compleja realidad del socialismo francés, a su variedad ideológica, a las nuevas formas que va asumiendo, a comienzos del siglo, el movimiento obrero y a los problemas nuevos que se le plantean. ¿Variedad del socialismo francés? La unidad no debe ser "despótica y muerta"; la misma debe permitir que se expresen orientaciones diferentes entre ellos, que las iniciativas individuales hallen campo propicio, a condición de que no se cristalicen, a condición de que el espíritu sectario no torne rígida una tendencia al punto que la oponga sistemáticamente al conjunto del partido.

¿Ideología? Jaurès hace indudablemente el mayor esfuerzo en esta dirección en el momento de la famosa conferencia sobre Bernstein, que él pronuncia en febrero de 1900 frente a los estudiantes colectivistas. Entre la doctrina esquemática de Guesde y la revisión global de Marx emprendida por Bernstein, él intenta la definición de un marxismo abierto y vivo que pueda servir de fundamento a la unidad. Si bien su cultura marxista era muy superior a la de Guesde, si no de Lafargue o de Sorel, no hallará en torno a sí personas con las cuales profundizar, después de 1905, la reflexión esbozada en 1900. En cuanto a la renovación del movimiento obrero, en el comienzo del siglo éste se organiza rápidamente en las Bolsas del Trabajo y luego en la *CGT*, y se separa del partido socialista.

El sindicalismo intenta definir sus objetivos, su propia ideología, y hacer respetar su independencia; se opone vivamente, durante las grandes huelgas, a los radicales en el poder. Manteniendo aún una estrecha alianza, cuyos efectos se han debilitado, el partido socialista se separaría de la clase obrera; al aceptar, acerca de las relaciones con la *CGT*, el punto de vista guesdista, le ocurriría lo mismo. El episodio Millerand, el episodio Combes, están cerrados, y es tiempo de que el socialismo francés, aun en el mantenimiento de su posición de defensa de los valores republicanos, afronte seriamente, en el cuadro de la unidad lograda, los problemas sociales y también los problemas de la paz y la guerra, y defina, en acuerdo con el movimiento obrero organizado en sus sindicatos, una nueva táctica. La unidad de la *SFIO* es cosa hecha en el congreso del Globe de abril de 1905; aun habiendo alcanzado tarde la unidad —pero sin embargo antes que el socialismo inglés— el socialismo francés no presenciará, hasta 1920, rupturas espectaculares, a diferencia de los partidos búlgaro, italiano, polaco y ruso. Pero los conflictos entre las tendencias son vivaces; algunos de los viejos partidos sobreviven a sí mismos, si bien dentro de la restituida unidad, en manera no oficial. No constituyen fracciones autorizadas a desarrollarse y a evolucionar sobre una plataforma autónoma; las mociones sobre las que se controlan los grupos son siempre presentadas en nombre de una federación y no de una tendencia, pero sin embargo nadie ignora el significado de la situación. Como es natural, la fracción más numerosa es aquella que agrupa a los miembros del antiguo partido, el más poderoso y organizado, el *POF;* los guesdistas se reconocen por su lenguaje, de inspiración militar o agrícola ("marchar al asalto de la fortaleza capitalista", "echar la simiente del socialismo"...) y por su manera de vestir: sombrero de alas anchas y corbata *lavallière*.

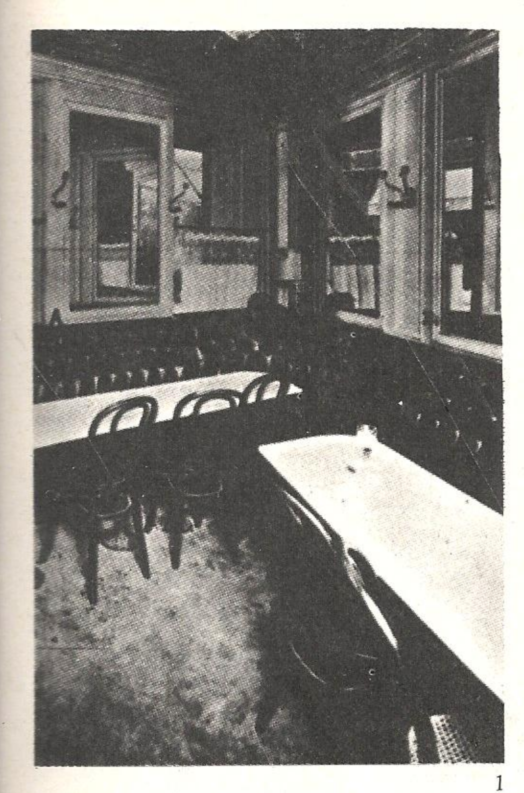
Desde 1906-07 las principales tendencias tienen su semanario, que sin embargo no se presenta oficialmente como órgano de las mismas. Desde 1907 se elige la comisión administrativa permanente con el criterio proporcional; en este campo, la *SFIO* actual es, indudablemente, la heredera de la "antigua casa".

Allí, Jaurès es por largo tiempo un personaje discutido. Es cierto que posee *L'Humanité,* que fundara en abril de 1904 y de la que conserva la dirección, pero su línea política recibe frecuentes críticas justamente desde las páginas del periódico. Además ha perdido, en el momento de la unificación, una parte de los "17 profesores" que constituían el núcleo de la redacción del periódico. Lucien Herr y León Blum lo han abandonado. Pero la unidad le aporta nuevos lectores, auditorios más vastos, y más variados, en parte más proletarios. La unidad es fecunda para el partido, que si bien sin mejoramientos espectaculares, aumenta en diez años en medida considerable el número de sus diputados y ve duplicar sus adherentes.

La unión le permite a Jaurès reunir, acerca de las cuestiones esenciales, la adhesión de la mayoría de aquellos que, en Francia, se dicen socialistas. Por otra parte, él logra este resultado con amistad, fraternidad, reduciendo al mínimo la polémica. Encarna en tal modo un tipo de militante muy diferente de aquellos que conducen la lucha en los partidos rusos, o en el alemán. No es sólo un cuestión de simpatía. Jaurès es, en el fondo, un pluralista convencido de que en sustancia todas las corrientes de pensamiento socialista pueden y deben colaborar. En la vigilia de la guerra el partido está más unido, la comisión administrativa permanente ya no es elegida en modo proporcional. Los periódicos *Socialisme* de Guesde, *Prolétaire* de Brousse, han desaparecido, *Guerre Sociale* de Hervé ha perdido virulencia; de Maurice Allard a Charles-Rappoport, las tácticas más diversas coexisten en la *SFIO*. Nos podemos preguntar, sin embargo, si se trata de la victoria del concepto de unidad en la diferenciación, la unidad según la intención de Jaurès, o si todo ello no indica antes bien que se están perfilando nuevas orientaciones y que se esbozan, en detrimento de los cuadros y de las antiguas tradiciones de los partidos, nuevas agrupaciones.

En todo caso, estas últimas no son claras todavía. Por lo menos en apariencia, el espíritu unitario ha hecho progresos en el partido socialista, y se va perfilando un reacercamiento entre el partido y la *CGT;* en esto, el rol de Jaurès fue particularmente relevante. El Congreso de Amiens de 1906 había proclamado que las organizaciones confederadas en la *CGT* no debían "preocupare de los partidos y de las sectas que, fuera y al margen de la *CGT*, pueden proseguir con toda libertad la transformación social". La "Carta de Amiens" muestra la señal del disgusto que inspiraban a los trabajadores revolucionarios un Millerand y un Briand, para quienes el socialismo no ha sido más que una plataforma para alcanzar honores oficiales; la misma revela también la influencia de los anarquistas, muy hostiles a las consignas guesdistas. La Carta no se limita a establecer la independencia de los sindicatos con relación al partido, sino que llega a rechazar los contactos con éste. El sindicalismo, en el momento en que proclama su deseo de transformar en sentido revolucionario a la sociedad, se prohibe cualquier acción común con el partido que, por estatuto, se propone los mismos fines. Por ocho años Jaurès hará pesar todo su poder para obtener la libre convergencia de las dos organizaciones, y hacer posible en tal modo, en el futuro, la unidad obrera sin la cual considera imposible obtener alguna transformación decisiva.

Por lo tanto, se opone a toda moción que critique las decisiones de Amiens y también insiste para que los militantes socialistas no se acerquen a los trabajadores huelguistas a menos que sean llamados por las organizaciones sindicales; y cuando pensamos en la importancia que él le daba a los contactos que tenía entre los trabajadores en lucha, podemos pensar que tenía conciencia del empobrecimiento que tal conducta com-



1



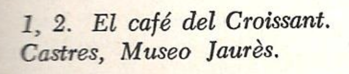
2



3



4



1, 2. El café del Croissant. Castres, Museo Jaurès.

3. Villain, el asesino de Jaurès en una imagen popular. Castres, Museo Jaurès.

4. El asesinato de Jaurès en una imagen popular. Castres, Museo Jaurès.

portaba para los militantes socialistas. Siempre sostuvo en la prensa y en el Parlamento a la *CGT*, aun cuando a ésta se la denunciaba como el adversario mayor de Francia, la organizadora del sabotaje y la propulsora de muchos crímenes. Ello fue evidente en 1905-06 y luego en 1910, durante la famosa huelga de los ferroviarios. Aún más en 1912, cuando él se opuso, en el Congreso de Lyon de la *SFIO*, a la corriente casi irresistible que arrastraba al partido a condenar, como lo hacían los partidos burgueses, la táctica de lucha seguida por la *CGT*. Y también, en *L'Humanité*, en la que creó en agosto de 1906 una tribuna libre sindical, manteniéndola contra viento y marea, a pesar de las vivaces críticas de los guesdistas y de muchos otros.

El 4 de octubre de 1908 Jaurès escribía: "Nuestro proyecto no es el de pesar artificialmente en el sentido de una u otra tendencia, sino el de poner al proletariado en condición de elegir por sí mismo, mediante una extensa información y un libre debate". Una gran confianza, sólo en parte seguida por el éxito. Ella se explica mediante la importancia que Jaurès le daba a la acción sindical; lejos de confinarla a las luchas corporativas, por el contrario él aprueba la acción revolucionaria de la *CGT* y su intento por comunicar al proletariado la idea de que "todo esfuerzo parcial de liberación y de reivindicación sólo tiene valor en vista del esfuerzo total". Es aquí donde tal vez podamos descubrir mejor hasta qué punto este gran parlamentario estaba tan poco parlamentarizado.

Él nunca pensó que la construcción del socialismo pudiera estar asegurada mediante los votos electorales; para lograrla era indispensable también una lucha obrera claramente orientada hacia un gran objetivo.

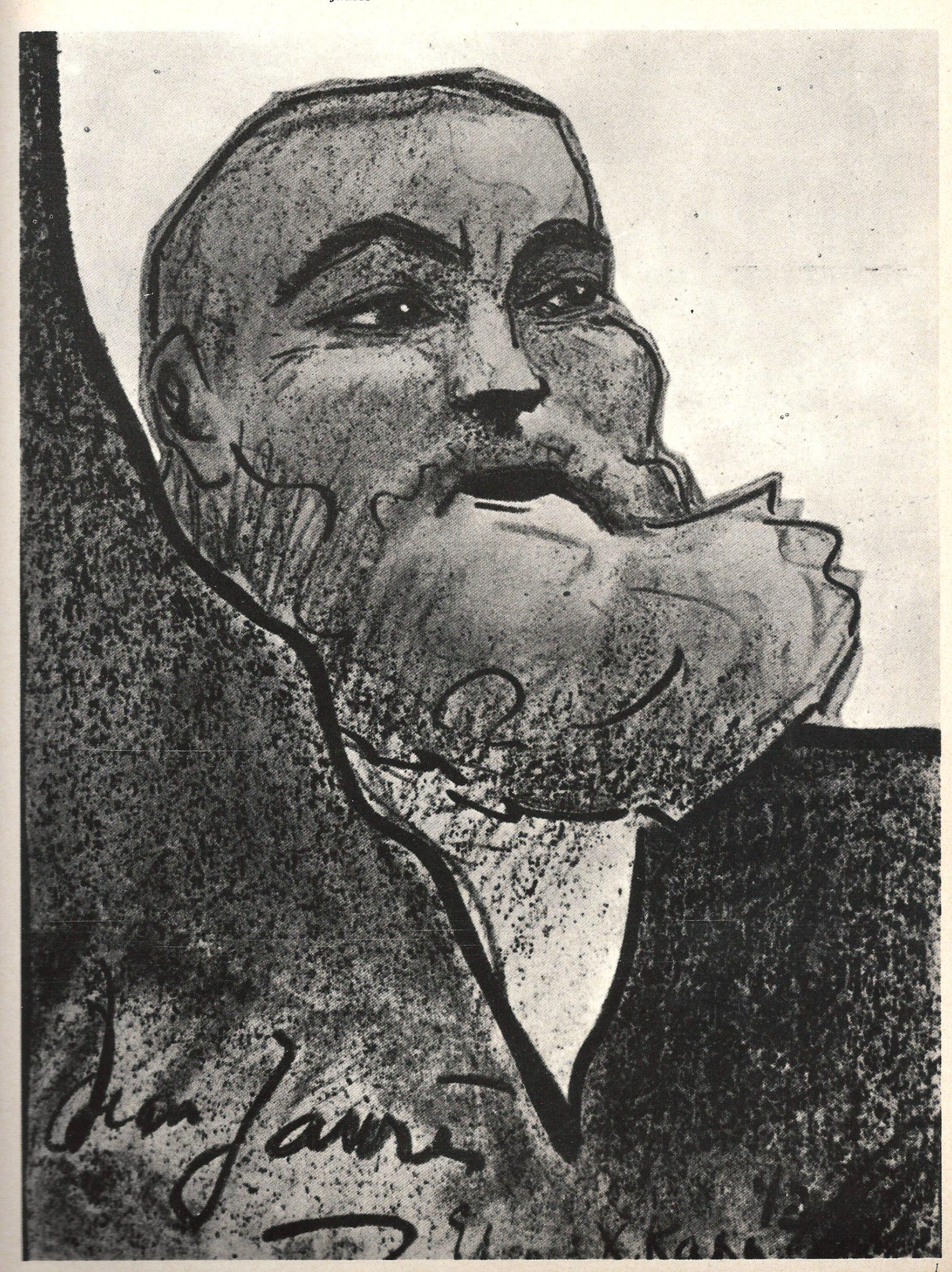
Lucha contra la degradación

Muchas páginas en las que se vislumbra la tristeza y la melancolía impiden creer que Jaurès haya muerto con plena confianza en el ascenso ordenado de Francia hacia el socialismo, guiada por las fuerzas progresistas de la *SFIO* y de la *CGT* por fin reconciliadas. A pesar de su inmenso optimismo, fue perfectamente consciente de la degradación que, en los diez años anteriores a la guerra, corroe a las naciones europeas y contrasta con el despertar de antiguas civilizaciones y el renacimiento de pueblos de Asia y África del Norte, en los países islámicos como en el Lejano Oriente. En Francia le disgusta la posición de los radicales, y también la de Briand, a quien por tanto tiempo estuvo vinculado y en torno al que veía gravitar, desde 1905, a tantos hombres dudosos. Jaurès asiste con lucidez al resquebrajamiento del régimen de los partidos tradicionales. El radicalismo ha abandonado su propio programa, escribe en la *Revue de l'Einsegnement primaire* de febrero de 1913, "el mismo ha llegado a tal punto de dispersión, está tan fragmentado en grupos rivales que ya no está en condiciones de reunir sus propias fuerzas en torno a personalidades de primer plano"; en efecto se ha puesto en las manos de hombres que, como Briand, desean destruirlo con el pretexto de formar un "gran partido nacional". Detrás de esta descomposición, Jaurès revela la acción de los intereses constituidos para transformar a los ciudadanos en una masa amorfa, "que las fuerzas organizadas de la Iglesia y del Capital gobernarán y forjarán a voluntad". Son éstos, entonces, los límites de la democracia parlamentaria: el capitalismo la influencia en modo tal que ella se quiebra y en sus cuadros, en una época portadores de cierto progreso, se mueven ahora victoriosos los adversarios del progreso. Esta degradación se manifiesta en la manera más evidente en la adhesión del Parlamento francés y de la gran mayoría del partido radical a las conquistas coloniales y a la explotación de las colonias. El gobierno de Clemenceau aprueba el operativo del general D'Amade, quien ha asfixiado con humo a 1.500 marroquíes el 15 de marzo de 1908. Los ministerios radicales o briandistas permiten que colonos u hombres políticos franceses se apoderen de inmensos territorios en Túnez. Y en Indochina, actual Vietnam, conservan el monopolio de la sal, del alcohol y del opio, establecido por Doumier. Jaurès denuncia con desesperación "el fondo de deshonestidad, de hipocresía, de mentira, de toda nuestra política colonial", en el cual se pierden los caracteres esenciales del régimen republicano.

Se explica así el ardor mezclado con secreta tristeza con que el gran combatiente conduce su campaña contra todas estas formas de degradación. Cree en la posibilidad de que al modificar la ley electoral se ayude a reestructurar la vida política francesa: el abandono del escrutinio por circunscripciones, que favorece las maniobras individuales e impide la renovación del elenco político, y la instauración de la representación proporcional, según él, obligaría a los partidos a organizarse, a redefinirse, a reconquistar una relativa autonomía en cuanto al capitalismo. Esta campaña no da resultados, como tampoco los inmensos esfuerzos que realiza contra la política colonial del gobierno. Jaurès, que por tanto tiempo había creído en la posibilidad de una penetración pacífica de la civilización en los países de ultramar, se ha convertido ahora en el principal opositor del colonialismo. Una larga cadena, de la que poco a poco él individualiza los eslabones, une "el patriotismo colonial" y las finanzas: él demuestra que esta cadena oprime a la democracia y la sofoca.

Además, ve muy bien que la guerra puede originarse en los abismos coloniales; la guerra, el mayor fracaso para las fuerzas progresivas que aspiran a transformar el mundo. Jaurès verdaderamente ha tomado conciencia de que se trataba de una amenaza real en 1904-05, en la época del conflicto ruso-japonés, y la política de los bloqueos diplomáticos y militares, que él había creído que podía ser el elemento de equilibrio, se le ha aparecido en su verdadera luz. No renunciará a la esperanza de ver a una parte del capitalismo hacer jugar todo su peso en favor de la paz a causa del desarrollo de su organización internacional; pero es en el movimiento obrero que buscará en forma creciente el apoyo decisivo. No se descontaba esto, y se le opusieron a Jaurès innumerables argumentos. Si es cierto que la revolución puede derivar de una guerra europea, ¿no podría ser esta última un factor de progreso? El 9 de julio de 1905 Jaurès responde: "De una guerra europea puede surgir la revolución... Pero también puede surgir una larga serie de crisis antirrevolucionarias... Y nosotros no deseamos apostar sobre esta sanguinaria mano de dados la certeza de la emancipación progresiva del proletariado". Segundo argumento: ¿La amenaza de guerra es real? Lafargue lo niega y también aquellos que elaboran la teoría del superimperialismo. Por su parte, siente que el peligro se aproxima cada vez más. Su angustia alcanza el máximo grado en diciembre de 1912, durante la guerra balcánica: "¿Nunca lograremos salir de este círculo maldito? ¡Invierno, oscuro y benéfico invierno, apúrate, acumula sobre la cabeza de los hombres insensatos tus nubes cargadas de nieve, y opone pronto a su agitación, a sus veleidades belicosas, tus mantas blancas! ¡Levanta sobre las fronteras austro-rusas muros de hielo! Invierno temible y bueno, tu hora ha llegado. La diplomacia ha fracasado, el cólera ha fracasado. Te toca a ti ahora enfurecerte, para darles a los hombres delirantes el tiempo de retractarse". El último argumento es aquel que los guesdistas, casi por unanimidad, oponen a Jaurès: si en el régimen capitalista la guerra es inevitable, ¿para qué sirve conducir contra la misma una lucha separada? Interrogativo peligroso. Él responde sin tregua: no existen "leyes de bronce" de la guerra, el capitalismo no es un "dios inmóvil", es necesario atacarlo desde todas partes. Esto significa responder a la doctrina con el voluntarismo, con la fe en la acción de los hombres, sobre todo cuando ella está guiada por las organizaciones del proletariado.

Se explica así el profundo apego que Jaurès demuestra por la Internacional socialista. Para él la misma no es sólo una federación de partidos nacionales, un terreno especial para confrontar las experiencias; ella debe convertirse en laboratorio donde se elaboren iniciativas y propuestas prácticas. Se dedica, por lo tanto, como Vaillant, que representa con Jaurès a Francia en la Oficina socialista internacional, a reforzar la estructura de la Internacional, a alentar las intervenciones de su secretariado en la vida socialista. De Stüttgart en 1907 a Copenhague en 1900, a Basilea en 1912, hasta la vigilia de la guerra, él intenta obtener el voto de las mociones que precisen los medios a emplear en la lucha contra la guerra.


Jean Jaurès

1. Jean Jaurès, de E. Kapp (1913), París, Castillo de Vincennes, Museo de la Guerra.

Jaurès vota con Lenin la famosa resolución de Stüttgart en 1907: "En el caso de que estalle la guerra (los socialistas) tienen el deber de interponerse para hacerla cesar prontamente y de utilizar todas sus fuerzas en las crisis económica y política creada por la guerra, para agitar a los estratos populares más profundos y precipitar la caída del dominio capitalista". Pero la oposición de la socialdemocracia alemana hace fracasar en Stüttgart el llamado a la huelga general contra la guerra lanzado por Jaurès en nombre de la delegación francesa. En 1910 un nuevo fracaso. En 1912, mientras suenan las campanas de Basilea, el texto, conocido desde el congreso de Copenhague con el nombre de enmienda Keir Hardie-Vaillant, es rechazado una vez más. Jaurès obtiene solamente que el mismo sea sometido a discusión por parte de los partidos nacionales antes del próximo congreso de la Internacional, que habría debido abrirse en Viena en agosto de 1914...
Sobre este punto, como sobre tantos otros, la Internacional estaba profundamente dividida. Ignoramos si el anuncio y la preparación de la huelga habrían sido capaces de inspirar preventivamente a las clases dirigentes cierta inquietud, y de hacer retardar la guerra. Ignoramos aún más si la amenaza habría sido puesta en práctica. Pero es preciso reconocer que el socialismo alemán logró impedir hasta el fin su adopción en línea de principio.

¿Fracaso de Jaurès?

Al fin la historia ha puesto en luz el fracaso, por lo menos en el inmediato presente de Jaurès. A pesar de la unidad socialista, del progreso electoral del partido, y en la vigilia de la guerra, de su reacercamiento a la *CGT*, en Francia la democracia política no se ha reforzado y no se ha desarrollado en democracia social. La realidad francesa no ha sido favorable al gradualismo. Lo mismo ha ocurrido en política internacional: la explotación de los países de ultramar ha hecho de la colonización un asunto Dreyfus permanente; los grandes intereses han sido los más fuertes y las fuerzas de la paz han sido derrotadas. El historiador debe tratar de comprender las causas de tal fracaso. En Jaurès, se hallan mezclados Hugo y Michelet; su optimismo es un fruto del siglo XVIII madurado en el XIX. Por su apego a la democracia republicana, por su confianza en la continuidad del progreso humano, es el último de los grandes socialistas del siglo pasado. Su intento de definir una vía gradual al socialismo tenía sus bases en la rica herencia del movimiento obrero francés, en los diversos aspectos de una sociedad en curso de industrialización, en una total confianza en la solución de los conflictos que dividían a la humanidad. Le faltó el sentido trágico que el siglo XX le ha dado a nuestra generación. Sin embargo, Jaurès parece profundamente original, si se lo compara con tantos socialistas de su época: ha comprendido que a comienzos del siglo XX la infelicidad más grande se derivaría de la guerra y de la opresión colonial; continuamente llamó a la acción en todas las formas, desde el trabajo intelectual a la propaganda política, de la organización de las administraciones municipales a la lucha de masa contra la guerra. Pero la sociedad en que vivía se transformaba rápidamente y se diversificaba de la del siglo XIX. El capitalismo se organiza internacionalmente y al mismo tiempo se desgarra: la conclusión de la división del mundo es el punto de partida de las rivalidades entre países capitalistas de antigua y nueva data; la clase obrera elabora nuevas formas de organización, pero donde la misma es más numerosa y está más concentrada, no tiene necesariamente una conciencia más viva; los campesinos sufren los contragolpes del capitalismo, pero sin tener conciencia clara de ello y miran más al pasado que al propio futuro; la conquista colonial fragmenta al mundo y torna difícil al movimiento obrero y al socialismo definir los objetivos comunes a los oprimidos de todo el mundo
Jaurès ha subestimado la amplitud de estas contradicciones, aunque haya individualizado a algunas de ellas. A las laceraciones del mundo contemporáneo, que le confieren a éste dimensión trágica, él ha creído poder hacerlas pasar a segunda línea, y definió una estrategia contra y no a partir de las mismas. Del marxismo elaborado por la generación que lo precedió, él ha absorbido el optimismo de la historia y el llamado a la lucha antes que la capacidad de demostrar claramente y de dar justo valor a las más importantes contradicciones de una época entera. Es el último de los grandes socialistas del siglo XIX, no el primero del siglo XX. Se explica así el fracaso de su tentativa, la más alta y la más amplia, sin embargo, realizada por un hombre de su formación en Europa occidental.

Sin embargo, ¿no es justamente por el hecho de que Jaurès haya fracasado sólo en una perspectiva inmediata, que renace hoy el interés por su personalidad y su obra, que socialistas y comunistas, hermanos separados después de su muerte, traten de entenderlo mejor? Hoy no estamos lejos de considerar como anticipaciones a muchas esperanzas y a muchos aspectos de su vida de militante. Después de todo, la vía pacífica del socialismo en la que él creía, se ha tornado hoy posible en algunos países por la lucha de los hombres y por la victoria del socialismo en una parte del mundo. Después de todo, el pluralismo político es admitido hoy por todos aquellos que se declaran socialistas en el conjunto de los países industrialmente adelantados. Después de todo, aquellos que en la época de Jaurès supieron como él escapar al europocentrismo y reconocer los primeros pasos de la descolonización, son pocos, y aquellos que dicen hoy que la guerra se puede evitar, son numerosos.

ÉDITION SPÉCIALE A 5 CENTIMES

La Guerre Sociale

PARAISSANT LE MERCREDI

RÉDACTEUR EN CHEF: GUSTAVE HERVÉ

BUREAUX: PARIS — 56, Rue du Faubourg St-Denis — PARIS

Défense Nationale d'abord!

ILS ONT ASSASSINÉ JAURÈS

Nous n'assassinerons pas la France

Vive Jaurès!

Haut les Cœurs!

LA PATRIE EN DANGER

ÉCOUTEZ ! VIVIANI !

Le devoir Socialiste

1

TROISIEME EDITION

Le Bonnet Rouge

QUOTIDIEN DU SOIR

5 centimes — 5 centimes

RÉDACTEUR EN CHEF: Miguel ALMEREYDA

JAURÈS ASSASSINÉ

L'Attente de l'Europe

UNE JOURNÉE DÉCISIVE

Malgré le pessimisme général, il y a encore des chances de paix. — L'état des hostilités. — L'attitude des puissances

La Situation

Dépêches particulières

En Autriche-Hongrie

En Allemagne

En Belgique

En Angleterre

En Espagne

Conseil des Ministres

Paris dans l'attente

Dernières Nouvelles

3e Édition

2e Édition

L'Etat de préparation à la guerre décrété en Allemagne

Mobilisation générale en Hollande

Du sang-froid!

La Rentrée de M. Caillaux

2

1, 2. El anuncio del asesinato de Jaurès, el 1º de agosto de 1914. Castres, Museo Jaurès.

3. Manifiesto del Consejo de los ministros a continuación de la muerte de Jaurès. París, Castillo de Vincennes, Museo de la Guerra.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

CITOYENS,

Un abominable attentat vient d'être commis. M. JAURÈS, le grand orateur qui illustrait la tribune française, a été lâchement assassiné.

Je me découvre personnellement et, au nom de mes collègues, devant la tombe si tôt ouverte du républicain socialiste qui a lutté pour de si nobles causes et qui, en ces jours difficiles, a, dans l'intérêt de la paix, soutenu de son autorité l'action patriotique du Gouvernement.

Dans les graves circonstances que la Patrie traverse, le Gouvernement compte sur le patriotisme de la classe ouvrière, de toute la population pour observer le calme et ne pas ajouter aux émotions publiques par une agitation qui jetterait la capitale dans le désordre.

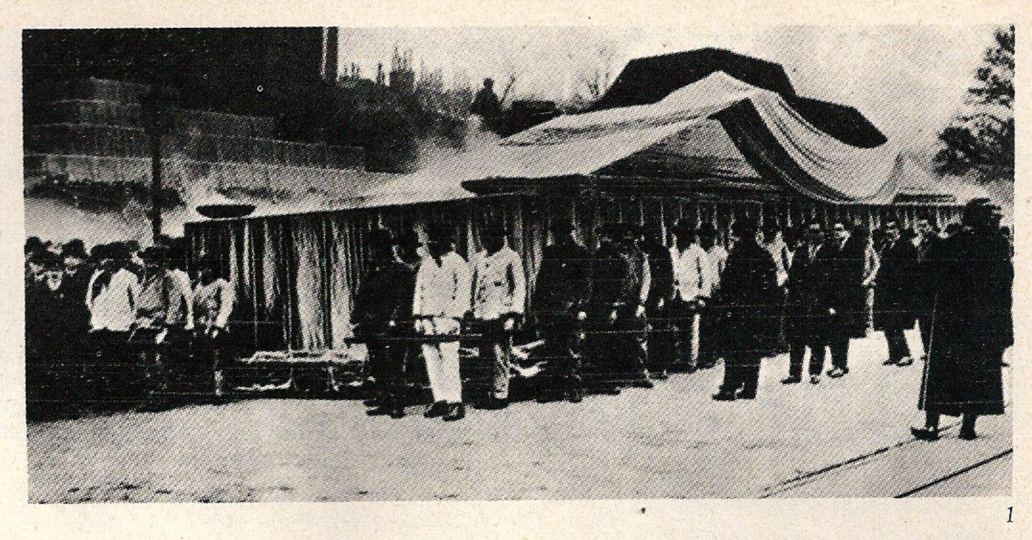
L'assassin est arrêté. Il sera châtié. Que tous aient confiance dans la loi et que nous donnions, en ces graves périls, l'exemple du sang-froid et de l'union.

Pour le Conseil des Ministres,

Le Président du Conseil,

RENÉ VIVIANI.

Paris. — Imprimerie des Journaux officiels, 31, quai Voltaire.



1. Los funerales de Jaurès en París, el 4 de agosto de 1914. Colec. Mme. Lévy.

1

Último de los socialistas del siglo XIX, Jaurès será tal vez, por lo menos en Europa, el primero del siglo XXI.

Bibliografía

Los escritos de Jaurès nunca fueron publicados en una edición orgánica y completa. A la mayor parte de los mismos se los encuentra en el "Journal Officiel" de la Cámara de diputados franceses. Véase la lista de los discursos clasificados por tema en: M. Boitel, *Les idées liberales dans la socialisme de Jaurès*, París, 1921; además, en los periódicos y revistas en los que colaborara y en particular: "La Dépèche de Toulouse", "La Petite République", "La Toulouse", "L'Humanité", "La Revue de l'Enseignement primaire et primaire supérieur"; en los resúmenes de los congresos socialistas franceses e internacionales; en los numerosos prefacios que ha redactado. Las obras de Jaurès relativamente accesibles son: *Les Preuves*, 1898; *Les Discours parlamentaires*, 1904; *L'Histoire socialiste de la Revolution française* (Constituyente, Legislativa, Convención hasta el 9 de Termidor), edición crítica de A. Mathiez, que constituye el comienzo de la Historia socialista de Francia dirigida por Jaurès, 1901-1908. *Oeuvres choisies*, 1931-1939, 9 vols., dirigidas por M. Bonnafous (5 vols. de textos contra la guerra, 2 de estudios socialistas, las tesis de doctorado, *L'Armée nouvelle*). La tesis secundaria de Jaurès fue reeditada en París en 1960, ed. Maspéro.
Algunas antologías recientes: L. Lévy, *Anthologie de J. J.*, Calmann-Lévy, 1946; M. Rebérioux, *Pages Choisies*, I, París, Editions Sociales, 1959; A. Schiavi, *Pagine scelte sul socialismo*, Roma, 1962; J. Rabaut, *L'Esprit du socialisme*, París, Collection Mediations, 1964.
Trabajos inéditos publicados recientemente: *La question religieuse et la socialisme*, a cargo de M. Launay, París, 1959; *La critique littéraire du Liseur*, a cargo de F. Prigent, Facultad de letras de París, 1964.
Estudios sobre Jaurès: La bibliografía de los estudios referidos a Jaurès está actualizada desde 1960 en el "Bulletin de la societé des études Jauresiennes"; véase además G. Tétard, *Esais sur J. J.*, Colombes, 1959. Actes du colloque: Jaurès et la Nation, Faculté des Lettres de Toulouse, 1966.
Algunas obras recientes: Franco Venturini, *Jean Jaurès e altri storici della Rivoluzione francese*, Turín, Einaudi, 1948; M. Auclair, *Vie de J. J.*, París, Le Seuil, 1959; V. Auriol, *J. J.*, París, Presses Universitaires de France, 1962; H. Golaberp, *The life of J. J.*, Madison University Press, 1962. A. Robinet, *J. et l'unité des lettres*, París, Seghers, 1964; H. Guillemin, *L'arrière pensée de J.*, París, Gallimard, 1960.
En español, se puede consultar sobre el tema: Paul Louis, *Historia del socialismo en Francia*, Barcelona, 1964; José Bulejos, *J. J.*, México, 1962; E. Dolleáns, *Historia del movimiento obrero*, Bs. As., 1961; G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t. III, México, 1962; D. Levi Martínez, *J, J.*, Bs. As., 1961. Jean Jaurès y Paul Lafargue, *Idealismo y materialismo en la concepción de la historia*, Bs. As., 1958; J. Jaurès, *Socialismo y libertad*, Bs. As., 1954.



Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (I): fascículos 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23.

Tomo LAS REVOLUCIONES NACIONALES: fascículos 8, 13, 15, 20, 22 y 27.

Tomo EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL: fascículos 1, 10, 21, 24, 31 y 36.

Tomo CRISTIANISMO Y MEDIOEVO: fascículos 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43.

Tomo LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES: fascículos 12, 19, 26, 39, 44 y 45.

Tomo LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO: fascículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51.

Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (II): fascículos 28, 33, 35, 40, 85, 86, 87 y 94.

Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos en oro y sobrecubiertas a todo color.

COMO EFECTUAR EL CANJE:

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.

Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo y $ 1.- (m$n. 100.-) para gastos de envío, a Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.

Importante:

1. Cada tomo puede canjearse por separado.
2. Si le falta algún fascículo, puede adquirirlo en Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

DONDE EFECTUAR EL CANJE

CAPITAL

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y
Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA EL CANDIL
Uruguay 1251

LIBRERIA EL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento Cabildo y
Juramento, Loc. 1, Sub.

LIBRERIA LETRA VIVA
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

LIBRERIA CENTRO EDITOR DE
AMERICA LATINA

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

Hurlingham
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

San Martín
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. San José, Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 184

Garré
RAMON FERNANDEZ

Mar del Plata
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330
REVISLANDIA
Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES
Mercedes 664

Córdoba
EL EMPORIO DE LAS REVISTAS
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

Coronel Moldes
CASA CARRIZO
Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO
25 de Mayo esq. Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A 26

MISIONES

Posadas
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

NEUQUEN

Junín de los Andes
"LA POSTA"

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS
Tucumán 1216

SALTA
LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

SAN JUAN
LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183 Oeste

SANTA FE

Rosario
LIBRERIA AMERICA LATINA
Gal. Melipal. Loc. 10, Córdoba 1371
LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

Santa Fe
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

Rafaela
LIBRERIA EL SABER
Sarmiento 138

SANTIAGO DEL ESTERO
LIBRERIA DIMENSION
Galería Tabycast, Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS
Maipú 150, Loc. 13

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 128 al Nº 118 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 117 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50